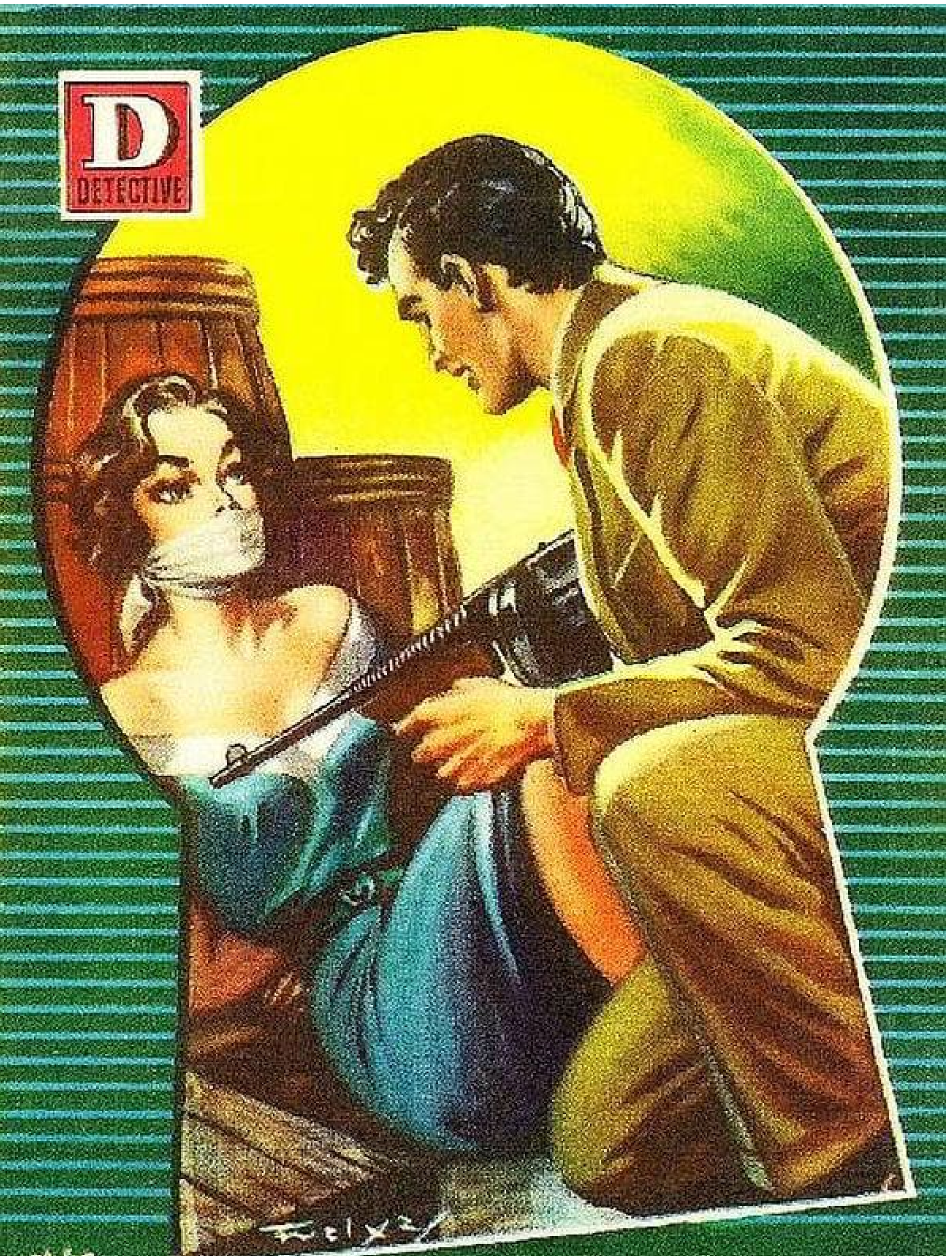


Vic Peterson

CURVAS DE MUERTE

La pancarta metálica hacía chimar sus engarces en torno al vástago saliente, sobre el dintel de la obscura tienda.

El viento áspero silbaba por la estrecha callejuela del Bronx. Arremolinaba la fina llovizna en que iba deslizándose el aguanieve que había, empezado a caer hacia las seis.

Abraham Levinson trabajaba hasta tarde. A veces, se habían presentado las grandes ocasiones a horas distintas a las habituales en las tiendas vulgares.

El oficio de lapidario tenía sus ventajas y sus inconvenientes en el barrio peor afamado de Nueva York.

Pero Abraham Levinson conocía, múltiples recursos, y sobrevivía.



Vic Peterson

Curvas de muerte

Detective - 46

ePub r1.0
LDS 26.07.18

Título original: *Daih stalks*
Vic Peterson, 1953
Versión Castellana de: J. Gómez
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Curvas de muerte
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

«Abraham Levinson»

LAPIDARIO

La pancarta metálica hacía chimar sus engarces en torno al vástago saliente, sobre el dintel de la obscura tienda.

El viento áspero silbaba por la estrecha callejuela del Bronx. Arremolinaba la fina llovizna en que iba deslizándose el aguanieve que había, empezado a caer hacia las seis.

Abraham Levinson trabajaba hasta tarde. A veces, se habían presentado las grandes ocasiones a horas distintas a las habituales en las tiendas vulgares.

El oficio de lapidario tenía sus ventajas y sus inconvenientes en el barrio peor afamado de Nueva York.

Pero Abraham Levinson conocía, múltiples recursos, y sobrevivía.

Tenía la vista fatigada, pero la mente tan ágil como las manos. Era primordial que estando solo, los beneficios le quedaban intactos, y además, daba confianza a los vendedores generalmente poco escrupulosos.

Los mejores, si se sabía tratarlos.

Tintineó la campanita al abrirse la puerta encristalada, y entró con el visitante, una bocanada gélida.

La estufa al rojo vivo, daba su halo, y por luz complementaria, la de la pantalla que iluminaba la mesa profesional del tallista de piedras preciosas.

Bien cubierto desde la cintura por una manta, sentado tras la mesa, Abraham Levinson hizo resbalar sus gafas hacia la punta de

su aguda nariz. Con una sola mano.

Miró los zapatos faltos de lustre, no por efectos de la lluvia. El pantalón azul verdoso, el abrigo de mucho uso, la bufanda bastante nueva, el sombrero calado, deformado…

Un rostro pecoso, de granuja, pero no maligno. Y unas manos de uñas limpias, desnudas de guantes y… arma.

Pero conservó la diestra en el bolsillo de su chaqueta de raidísimo terciopelo, que hacía juego con el bonete redondo que calentaba su calva.

—Usted es Abe, el lapidario.

—En efecto. ¿Qué se le ofrece?

—Quiero irme a otra ciudad. Pero los negocios se presentan mal. Me llamo Donald Kring.

—Celebro conocerle, Kring.

—¿Usted compra cosas…?

—A veces. ¿Quién le recomienda?

El pecoso sonrió. Tenía ojos azules, de brillo duro, metálico.

—Yo mismo. ¿Cuánto por eso?

En la mesita había una balanza, una cajita de pesos, un tapete negro, y otros objetos del oficio aparente de Levinson.

Sobre el tapete rodó un anillo. Lo cogió delicadamente el tallista entre el dedo medio y el pulgar.

Lo dejó caer de nuevo sobre el tapete.

—Oro, veinte gramos aproximadamente. Es una alianza. De las antiguas. No es tuya, Donny.

—No es mía, Abe.

—Hablas con sinceridad, Donny. ¿Cuánto quieres?

—Mucho y poco. Unos billetes para hacer carrera en Chicago.

—En una joyería legal te darían más que aquí.

—Seguro, abuelo. Pero he venido aquí, ¿estamos?

—Tres billetes de cien.

—Necesito vestirme, meterme en el tren, y asegurarme una semana en Chicago. Pongamos quinientos.

—Tendré que fundir el oro. Tres billetes.

—No lo funda, abuelo.

—Si no hay que fundir, ¿por qué no fuiste a una joyería legal?

—Porque no tienen lo que busco. Además del dinero, una buena automática. Usted las tiene, porque las ha comprado, o ha prestado

por ellas. Deme cuatrocientos y una buena automática.

—Dime de dónde sacaste este anillo.

—Uno igual vendí hace siete años, cuando quise trabajar en el puerto, por mi cuenta. Mala cosa. No quería vender éste, pero quiero hacer carrera en Chicago.

—¿De tus viejos?

—Cabal. Eran buena gente. Sin ellos, tanto me da todo. Pero sin perder el buen humor. ¿Trato hecho, abuelo?

—Doscientos y la automática. No la encontrarías mejor. Una «Savage», del nueve corto, con cargador doble y sus correspondientes municiones.

—No voy a regatear, abuelo. Pero me guarda este anillo hasta fines de abril. Total, un mes. Si no vengo a pagarle el triple, bien suyo. Y trace una cruz en oración para el alma de Donny Kring.

El anillo desapareció del tapete. Un cajón se abrió, y sobre el tapete, dos billetes crujieron nuevecitos.

Al otro lado de la mesa, se deslizó otro cajón, y en su funda con ojal para el cinturón, la achatada negrura de una «Savage» calibre nueve corto.

La funda presentaba un resalte de cuero con cargador sencillo. Abraham Levinson manipuló, y en la culata quedó incrustada la mitad de un cargador doble.

—Trece balas, contando la que dejes en la recámara, Donny. Hermosa herramienta para hacer carrera en Chicago, Donny. Suman, entre los dos cargadores, dieciocho balas.

Donny Kring atrajo hacia sí la funda, sacó la pistola, y la sopesó. El cañón enfocaba la cara del lapidario, cuya diestra continuaba invisible.

—Es espléndida, abuelo.

La volvió a introducir en la funda. Se desabrochó el abrigo, la americana, y el broche del cinturón…

Hizo correr el ojal, hasta que la funda y pistola con sus dos cargadores reposaron en su cadera izquierda.

Cerraba la americana, y se disponía a hacer lo mismo con el abrigo, cuando miró el billete de cien dólares que Abraham Levinson acababa de dejar sobre el tapete.

Junto a seis balas relucientes…

—Te lo has ganado, Donny. En el cargador doble sólo viste las

seis balas de la parte que sobresale de la culata. Hay un palito que aprieta hacia abajo el muelle. Sácalo. Hubo uno que me hizo una oferta parecida, sin regatear, como tú. Y quiso probar la pistola. Se quedó sin nada, Donny. Pero era un mal sujeto. Tú no. Tú no harás daño a gente que no te lo hace.

—¡Ajá! Yo siempre voy de cara, abuelo. No vienen mal esos cien de suplemento.

—No es sentimentalismo. Si envías a buscar el anillo antes de fin de abril te costará novecientos dólares.

—Es el trato. Cojo tres y devuelvo nueve. Pero voy a empezar mi carrera en grande.

—¿Tienes prisa?

—Hasta las nueve no sale el tren.

—Siéntate, Donny. Podemos charlar un poco.

—Bueno. ¿Y de qué vamos a charlar?

—Tú tendrás unos treinta años.

—Menos uno.

—No naciste aquí.

—En Chicago, pero a los veinte, vine aquí. Me vuelvo.

—Hay mucho a ganar allá, para los que no tienen nubes en los ojos.

—Los tengo secos.

—Hay mucho a perder, también.

—La piel.

—¿Vas solo?

—Con un pelanas que espera en la estación. Vino hace un par de meses de allá. Me tiene respeto, y está ya dispuesto a hacer carrera, ahora que no está solo.

—Pudiste pedir herramienta para él.

—Se la agenciaré yo, allá. Tengo lo esencial.

—¿Eres zurdo, Donny?

Donny Kring se palpó la cadera izquierda.

—Me sirvo de las dos manos, si las necesito a la vez.

—Son muchos los listos y valientes en Chicago, Donny.

—Mejor que mejor. Yo, listo, no lo soy mucho, valga la verdad. Pero, en lo tocante a echar valor al asunto, sería un mentiroso si me pusiera modesto.

—¿Y aquí no hay ocasiones para un hombre como tú?

—He tenido mala suerte, yendo por lo recto. O que no me gusta trabajar, será. Pero no voy a emplear esto… —y volvió a dar un toque a su cadera— aquí. Los «tengo» descansando en esta isla, ¿comprende? Serán tonterías, pero si me escabechan, o me formo una situación, que sea lejos de donde mis viejos descansan.

—Comprendo. ¿A qué negocio piensas dedicarte?

—¿Le importa tanto saberlo?

—Nada en absoluto, y nunca doy confianzas a mis clientes. Tú eres distinto.

—¿En qué, Abe?

—Si te llevan a la silla eléctrica, que es una de las leyes fatales de los que escogen la carrera que vas a iniciar, el mismo policía que te lleve, no dirá que condujo a un criminal indecente, sino a un mala cabeza.

—Algo es algo. Eso puede asegurarlo. Yo no quiero saber nada de matar empleados de Banco, ni secuestrar críos o herederas. No será mi ramo, seguro que no.

—¿Protección forzosa a tenderos, y quemarles tienda y piel si no pagan?

—Verá… Los tenderos bien educados, tienen derecho a la vida. Pero tampoco será mi ramo. Da poco y pide mucha pandilla.

—¿Licor?

—¡Ajá! No dejan beber, y todo el mundo rabia por beber. Es como si prohibieran masticar chicle. Todo el mundo a imitar las vacas. Ya lo decía mi viejo: «Si prohíbes a un niño que se ensucie, lo primero que hará es ponerse como un guarro, para ver de qué va». Y por más que crecemos, todos tenemos algo de niño dentro.

—Tú, sí. Por eso cuando me entere que te han matado, no diré que murió un canalla, sino un equivocado. ¿Y crees que con este dinero puedes empezar? El licor va caro, y para llevarlo a la ciudad, necesitas camión, comprar, y salvar las curvas donde se esconden los motoristas.

—Una ruina —sonrió Kring—. Si yo comprase el licor, el camión, los aduaneros, y toda la pesca, ya no sería yo.

—Pero tendrás que hacerlo, Donny.

—A mi modo, Abe. Venderé más barato que los demás, porque compraré con plomo.

Volvió a tocarse la cadera izquierda, poniéndose en pie.

—Comprendo, Donny Kring. Rezaré por ti… muy pronto.

—Amén.

La puerta al abrirse volvió a dejar oír el tintineo cascabelero, y una bocanada de aire helado penetró. El viejo Levinson se frotó las manos. Hacía frío en aquella noche del veintisiete de marzo de 1928.

CAPÍTULO II

Owen Minnix, moreno, guapo, sabiéndoselo, se contempló en el espejo de tres caras, de la sastrería de la Calle 47.

—Quedas majo —aseguró Kring—. Tampoco estoy yo feíllo con este gris. Vámonos, Owen. No te mires más.

En la calle, Owen Minnix ensanchó el atlético torso. La brisa del lago no vencía el olor a establo de los cercanos y extensos *Stock* Yards.

Pero dijo:

—Huele a primavera, jefe.

—La tarde está buena. Y lo noto en la sangre.

—¿Verdad? Fíjese ya en las chicas. Van asomando con cada vestidito, que enseñan todo lo que tienen.

—Para eso lo tienen. Pero yo no hablaba de chicas, sino de mis granos. Tengo ya picor en las mejillas. Cada primavera lo mismo. Pero es buena temporada.

—Mire aquella rubiales, jefe. Un contoneo que le pone a uno trepidante.

—Trepidarás otra tarde. Owen. Y si hablo de granos, no me hables de chicas. ¿Dónde están?

—Tiene las mejillas lisas, jefe.

—Hablo de las dos chicas que te castigaste ayer.

—Usted me hablaba de granos…

—Vamos a ver si te fijas en lo que hablo pelanas.

—Sí, jefe.

—Has trabajado bien y no pueden fallarte las dos.

—No fallarán pero esperan en el bar de Lewis. Y he de repetirlo, jefe. La morenita, la que se llama Dorothy, habló de un amigo celoso: Tim

O'Connor.
Y la otra, la trigueña, que fue la que me trabajé, me dijo que Tim O'Connor
era de mal genio.

—¿Ves, tú? No ha sido perder el tiempo, pasarse horas y horas en el «Lewis». Acude allí «gente de licor». ¿Por qué crees, pelanas, que te dejé trepidar con Dorothy? Porque me enteré que era asidua del «speakeasy» de Tim
O'Connor.

—Ya me parecía a mí que usted estaba alerta, jefe.

—Pues, ¿y entonces? No me divierte nada verte hacer el mono tierno. Es parte del trabajo. Ya va la cosa sobre ruedas. Nos meteremos en el local de
O'Connor.
Sabremos quién le vende el licor. Si no hoy, mañana… El caso es que te vea con la morenita.

—Habrá jarana, jefe.

—¡Ajá! Vamos a ver, pelanas. ¿Crees que te he pagado el viaje ropa, cama, pienso y tabaco, para trepidar como un potrillo en el prado?

—Ya me parecía a mí que usted estaba dándole al cerebro, jefe.

—Por suerte, o íbamos aviados.

En el bar de Lewis el tocadiscos reiteró el charlestón de moda:

«Yes, we have no bananas».

En uno de los divanes de cuero desgastado, Dorothy Wilson tocó con el codo a la que estaba sentada a su lado.

—Ya vienen, Clara.

Clara Graham, tenía un fino rostro, pero marcado por su dipsomanía. Bebía en exceso…

—¿Qué tal, preciosidades? Ésta es Clara, y la morenita Dorothy, jefe.

Owen Minnix sentóse al lado de Clara Graham. Donny Kring lo hizo en la silla a la cabecera de la mesa, y no en el diván.

—¿Por qué le llamas jefe a tu amigo, Owen?

—Porque sabe más que yo, nena, y además porque es así.

Dorothy Wilson denegó cuando desde el mostrador, uno de los camareros hizo una señal. Clara Graham dijo:

—Aquí sólo despachan líquidos sin sabor, Owen. Quedamos en que os esperaríamos aquí, con mi amiga, para ir a cualquier otra parte. A ella le gusta mucho bailar.

Owen Minnix en pie, cogió del codo a Clara Graham.

—A ello, nena. Yo bailo un rato largo, también.

Dorothy Wilson miró interrogante al que a su lado, caminaba pensativo, sin haber hablado desde que salieron del bar.

—¿Está de mal humor, Donny?

—Las mejillas, que me pican, y no falla. Mañana a rascarme granitos. Siempre lo mismo, con la primavera asomando. Oiga, usted es bonita… Verá, yo no tengo el talento de Owen, que las embelesa con el pico que tiene. Pero si no fuera usted preciosa, no se lo diría.

—Gracias. De todos modos, es usted de otra clase que su amigo.

—Ídem de ídem.

—Clara no es lo que aparenta. Si hizo caso a Owen, es porque está reñida con Tim
O'Connor.

—¿Y usted, con quién ha reñido?

—Hace meses que estoy sin compromiso. El ser corista es una pesadez.

—Depende.

—Me refiero a que los hombres no vienen con buen fin.

—Es lo que pasa. ¿Dónde trabaja?

—Hay crisis. Llevamos semanas sin trabajo, Clara y yo. Cerraron el teatro. Lo compró Flaherty.

—¿Quién es ése?

—El «bootlegger». Quiere instalar un *cabaret*. Así podrá despachar su propia mercancía. Tiene gracia el nombre… Dicen que viene de los de las caravanas, que escondían el frasco de licor en sus botas.

En la esquina de la 38 con la Avenida Jefferson, discutían Clara Graham y Owen Minnix, pero menos enérgicamente ella.

—Quiere que vayamos al «speakeasy» de Tim —expuso ella.

Dorothy Wilson se encogió de hombros. Puso más de relieve su busto que tensaba la blusa sedosa.

—Has reñido con Tim. Y si el muchacho quiere ir allí, mejor. Que se entere Tim de que no lloras por su abandono.

Clara Graham asintió, pero dijo:

—Como quieras, Owen, pero luego no te asombres, si Tim se pone antipático.

—Lo soy también yo, a ratos —aseguró Minnix.

—¡Ajá!

La primera pareja alargó el paso, ya en dirección al centro de la 38.

Más atrás, calmosa, comentó Dorothy Wilson:

—Tim O'Connor es desagradable. Fué él quien envenenó a Clara. Ella no bebía antes. Después… la dejó. ¿Cree usted que su amigo no es fanfarrón?

—No lo es. Le cogí amistad, porque en el puerto de Nueva York, no se dejó amilanar por dos perdonavidas profesionales. Les dió bien. Pega a modo, y es duro de pelar.

—Me parece que usted tampoco es blando, Donny. Y si le pasara algo a Tim no lo sentiría. A mí no me puede ver.

—Pues tiene usted mucho que mirar. No se lo tome por mala idea. Es que las cosas son como son. Además de bonita desde al cabello basta los tacones, me parece usted sensata.

—No lo crea, Donny. Pude ser sensata, pero voy perdiendo sensatez. Aquí en esta ciudad, sólo hay una ley: «Quiero hacer dinero pronto».

—Puede que usted tenga mejores probabilidades que muchas, otras.

—Por ahora, me resisto. Puedo bailar en un tablado, y salir con muchachos que me parezcan simpáticos…, pero nada más. Esto sí, el día que encuentre a un hombre de verdad, no me importará nada de nada.

—Hay mucho hombre por Chicago.

—Mucho cobarde, dirá usted. ¿Hombres de verdad? ¿Quiénes? ¿Un Tim O'Connor que necesita verse respaldado por otros y pistola en mano, para sentirse valiente? ¿Que entran a tiro limpio en un local como Lester Grady? Seguido por cinco… Y así sucesivamente. Matando gente, alocada, sin armas para defenderse. Y asesinando en la sombra a policías desprevenidos, que no se dejan sobornar… ¿Hombres?…

Bah, no me hará perder la cabeza ninguno de éstos.

—Bien hecho.

Ella penetró en el zaguán poco iluminado.

Las dos parejas estaban casi con los cuerpos adheridos en la estrecha caja que subía, hacia el sexto piso.

Owen Minnix dijo:

—Si me busca. Tim, le doy, ¿no, jefe?

—¡Ajá!

CAPÍTULO III

Uno de los seiscientos locales nacidos al socaire de la ley que pretendía prohibir el consumo alcohólico.

No era vivienda. Salas para tomar té con pastas, que era lo que aparecía sobre las mesitas. Salas para bailar, y en las mesitas junto al tocadiscos beber jugo de frutas, que era lo que había en los jarros y también para jugar a cartas.

Los había donde realmente sólo se podía bailar, y consumir bebidas sin alcohol. No estaban «protegidos» por algún contrabandista sólidamente responsable.

El «speakeasy» de Tim O'Connor estaba protegido.

La mirilla de la puerta de acceso, al descorrerse, equivalía a pedir la tarjeta de admisión.

El rostro de las dos coristas, era suficiente salvoconducto. Se abrió la puerta, y los dos porteros de turno, ya no se ocuparon más de las dos parejas.

Al extremo del breve corredor, una sala general, que daba acceso a otras cuatro. En la primera, mesitas con servicios de merienda honorable.

Por entre ellas, una pareja que bailaba lánguidamente un vals dulzón, que popularizaba un nombre español: Ramona.

Clara Graham precedía a los otros tres. Atravesó una de las anexas salitas, de cuatro mesas, hasta que otro breve corredor, mostró una alineación de cuatro puertas.

Empujó una, y se aproximó al tocadiscos. Otra ganancia de la casa. Cada pieza, diez centavos, que en la ranura correspondiente, soltaban de la cajita una ficha.

Un cuarto pequeño, con dos mesitas, y cuatro sillas.

Owen Minnix siguió con el índice la numeración de la lista de discos, mientras Clara Graham introducía monedas de a diez y recogía fichas.

—Éste. Debe estar a modo, nena. «Bailando con lágrimas en los ojos»…

Dorothy Wilson, sentándose, sonrió maliciosamente. Donny Kring poco galantemente, se había sentado el primero. Precisamente en la esquina del fondo, desde donde veía la puerta, el corredor, y cuanto pudiera suceder en aquel espacio de cuatro metros de ancho, por seis de largo.

Clara Graham apretó un timbre, bajo el interruptor.

Tendió las fichas a Owen Minnix, que para sí mismo, manifestó su cambio de idea:

—Probemos primero uno de los moviditos. «Yo quiero un negrito, bebé»…

Asomo un individuo. Por su indumentaria, salvo la camisa blanca, no pertenecía al gremio camareril. Pero oficiaba como tal.

—Hola, Jimmy. Un frasco de veinte —pidió ella.

Se retiró Jimmy. Discreción, norma elemental.

Clara Graham empezó a mover los hombros, y Owen Minnix las piernas. Un acorde más agitado les enlazó, y se dedicaron concienzudamente al pateo en el aire que se llamaba charlestón.

Propuso Dorothy:

—Si quiere podemos bailar, Donny.

—Luego. Fíjese que este muchacho da unas coces primorosas, y se entusiasma.

—Usted no ha venido a bailar ni a beber, Donny.

—Yo acompaño al muchacho. Es retozón, y se entusiasma fácil. Pero a lo mejor, si me animo, le dejo yo achicado. Tengo algo de piel roja en la sangre, ¿sabe?

—Yo también, pero me pasa como a usted. No se me nota. Somos pues más peligrosos que ellos…

Señalaba hacia la pareja que ahora se descoyuntaba magistralmente…

El disco cesó de rodar, y permaneció Minnix con la ficha en la palma cerrada.

Clara Graham miró al que acababa de aparecer en el umbral.

Muy bien vestido, anchas hombreras, liso cabello negro muy engominado, Timothy
O'Connor
examinó en rápida ojeada a los dos desconocidos.

Dijo concisamente:

—Lo siento, Clara. Se acabó la cerveza de veinte. Tendrás que ir a otro sitio.

Owen Minnix hizo saltar la ficha en la palma. Con la otra palma, empujó un poco recio hacia atrás a la que iba a replicar.

—¿Qué pasa aquí, camarero? —rezongó Minnix—. Si no hay de a veinte, trae de a diez, pero trae, que para eso hemos venido.

Era lo convenido. La acción primera corría a cargo de Minnix. Ponía la chispa, y del resto… el jefe.

Tim
O'Connor
torció la boca, en mueca desdeñosa:

—Soy el dueño, amigo. No debiste venir aquí, Clara. Te dejaron entrar, por costumbre. Pero no te voy a consentir que vengas con gente que…

—Este tío es gramófono. Dale una ficha, Owen. Se la ha ganado. Atrás, Owen. No tiene usted buenos modales, para ser dueño de un local público, ¡caray!

Tim
O'Connor
dedicó otra ojeada desdeñosa al que había intervenido.

—Tengo los modales en curso, amigo. Yo no le vendo bebida a gente que no conozco.

—Me llamo Kring, Donny Kring. Este bailarín es Owen Minnix. Y debe conocer a Clara… Ya nos conocemos. Si Clara quiere beber, y usted despacha licor, ¿por qué se pone «caliente»?

—En mi local, mando yo.

—Queda por ver.

Tim
O'Connor
miró con más atención al acompañante de la bonita gazmoña que siendo corista se permitía arrogancias de señorita.

—¿Queda por ver, el qué?

—Manda el cliente que paga, amigo. Yo echo sobre la mesa, es

un decir, un billete de veinte, y usted a despachar. Y ya está bien, ¿no? Hay señoras delante, ¡caray!

Tim O’Connor pareció sacudirse de la corbata una mota de polvo. Dió media vuelta y abandonó el reservado.

Owen Minnix introdujo la ficha, y al enlazar a su pareja, notó un abandono prometedor. Clara Graham susurró:

—Estupendo, Owen.

Dorothy Wilson alisó el borde de su falda. Sin mirar a su acompañante, dijo:

—Va a volver con sus dos de turno. Pero no le conviene el escándalo. Tratará de…

—Me lo supongo. Tratará de impresionar.

Clara Graham no perdía de vista la puerta. Y apretó significativamente la mano de su pareja.

Owen Minnix la soltó, para enfrentarse con los dos que entrando, se colocaban en silencio, uno a cada lado de la puerta, con la diestra hundida en el bolsillo de la americana.

Tim O’Connor apareció. Dió dos lentos pasos, y advirtió con sequedad:

—No hay licor en todo el local. Y no lo habrá para ti, Clara. Nunca, ¿me oyes?

Owen Minnix agachó un poco la cabeza. Tenía semejanza con un ternero que va a embestir…

—Se está poniendo pesado este sietemesino, ¿no, jefe?

—Se la va a ganar —sentenció Donny Kring—. No vinimos a buscar gresca, O’Connor, sino a ver qué clase de «*whisky*» se cataba en este tugurio.

—Hay también plomo para los pájaros, amigo. Será, pues, mejor que se larguen, antes que sea tarde.

—Tasca el freno, Owen. Estos chicos no quieren pelea. La cosa es visible. Quieren que nos vayamos tan sólo. Las señoras primero, aquí no vale. Yo primero.

—Así será mejor —aprobó O’Connor.

Uno de sus pistoleros sonrió…

Clara Graham, decepcionada, gritó:

—¡No he de irme así como así!

—Owen, calma a tu chica. Hemos venido a divertirnos, no a formar bulla. Eso es.

Y el pecoso que se palpaba las mejillas que le picaban, estaba ya cerca del umbral, cuando surgió lo que Dorothy Wilson, que seguía sentada, estaba esperando…

Viró tan rápido sobre sus tacones Donny Kring, que Tim O'Connor, siempre receloso, no tuvo tiempo de sacar la diestra de su bolsillo.

Notó en cambio muy perceptible el duro empujón en su costado izquierdo de lo que abultaba el bolsillo alzándolo desde la cadera, del que a su perfil, sopló rápido:

—Diles que se estén quietos un momento, Tim. Cualquier imprudencia te olería a quemarropa.

Tim O'Connor apremió:

—Quietos… Va bien, amigo. No hay que tomárselo tan trágico.

—¿Ves tú, Owen? Buenos modales, caray… Anda, Tim, diles a estos dos que traigan el frasco pedido por Clara. De a veinte, ¿eh? Y nada de juegos de manos, que luego va a pagar el dueño los platos rotos.

—Sí. Id… De a veinte.

Los dos dejaron de titubear. Salieron…

—Saca la mano del bolsillo, Tim.

O'Connor obedeció. No llevaba la buena baza en aquella breve partida.

Sacó Kring del bolsillo ajeno la automática, con la mano derecha. La tendió hacia atrás, y se apoderó ávidamente Owen Minnix de la «Luger», calibre 7'65.

—Te la enviaremos por correo cuando estemos fuera, Tim. No me consiente la dignidad, beber en un antro donde he sido tan descortésmente recibido. Nos acompañarás hasta tu salida privada, para que la clientela no se escandalice. No es fanfarronada, Tim… Es para quedar bien tú y yo. Me llamo Donny Kring, ¿te acordarás?

Cabeceó afirmativamente, más rápido el semblante, el dueño del

local.

—Owen, cierras la marcha. Delante el dueño, como corresponde. Usted al medio con su amiga, Dorothy.

En la puerta, uno de los que se habían ido, presentó un frasco envuelto en papel transparente.

Lo cogió
O'Connor.
Indicó:

—A tu sitio, Johnny. Yo acompañaré a los que se van. Diles a los otros que no ha pasado ni pasará nada. Vete.

—Así se habla,
O'Connor.
Lo cortés no quita lo valiente, si es que fueras cortés. Andando.

Recorrieron el breve pasillo desierto, y torció
O'Connor
a la derecha. Notaba la presión suave y en toques a intervalos regulares del bolsillo alzado, en su costado derecho, ahora…

Otro pasillo, y una puerta, que abrió el propio
O'Connor.
Un pequeño rellano con la jaula metálica del ascensor privado.

—Caben ellos tres, primero. Lleva a las señoras abajo, Owen.

—Yo creo, jefe, que cabemos los cinco, porque…

—¡Abajo, pelanas!

Se precipitó Minnix a la caja, donde esperaban ellas dos. De la diestra de
O'Connor
arrebató Kring el frasco, que lanzó al interior.

Lo recogió prestamente, con mimo, Clara Graham. Bajó el ascensor…

La puerta cubría las espaldas de
O'Connor.
El trecho de pared, frente a la caja del ascensor, cubría a Kring.

—Ya lo puedes decir, Tim. Tampoco me gustaría a mí, que un cliente no me pagara la consumición. Pero te lo buscaste. Hay que ser más cortés, caray.

—No lo olvidaré… Quiero decir, que lo tendré en cuenta.

—¡Ajá! Ya sube la caja, y bajarás conmigo, a despedirme. Simple y elemental educación. ¿Abuso?

—¡Qué va! Todo lo contrario. Es un placer.

—¿Ves tú? Todo en regla.

Se detuvo el ascensor, cuya puerta abrió Kring. Pasó al interior, y Tim O'Connor, crispadas las mandíbulas, entró. Bajaron.

En el zaguán obscuro, esperaba Owen Minnix. Ellas dos habían ido a buscar un taxi…

—No llevo armas, Kring.

—Me llevaré tu cartera de recuerdo. Quien le quita a un ladrón, duerme de un tirón. Y así, nunca más delante de señoras te portarás como un grosero. Abre.

Abrió O'Connor, convulso de impotente rabia… Salió Donny Kring, y cerró, para pulsar el botón de ascenso.

—Dale a los pies, Owen. Ya tenemos tu herramienta, y ahora sabremos quién surte de licor a este mentecato.

Salieron apresuradamente, y dos manos aletearon en la ventanilla del taxi que acababa de detenerse a unos metros.

—Arreando al centro, camarada —indicó Kring.

Clara Graham admitió la familiaridad del que le ofreció por asiento sus rodillas. Se lo había ganado. Pero ella apretaba amorosamente el frasco contra su busto…

Dorothy Wilson, entre los dos hombres, dijo:

—Podemos ir a nuestro piso. Tenemos gramola, Owen.

—Y puedo cocinar —añadió Clara Graham—. Estupendo. ¡Cómo debe rabiar ese tunante de Tim!

—Tenía las de perder desde que entró —comentó Owen Minnix—. Cuando le vi enfilado por mi jefe, pensé: «Ya te has caído, pichón».

—¿Piensa enviarle por correo certificado su arma?

—Owen tiene manía a pegar sellos.

Dejó Kring de mirar hacia atrás. Dorothy indicó, adelantando el busto:

—West 16, número 77.

Consideró natural, al retroceder, que sobre su hombro quedara el brazo de Donny que, medio ladeado, masculló:

—Mañana tengo ronchas; lo estoy notando. La primavera siempre me revuelve la sangre.

—No seas tan impaciente, Clara —reprochó su amiga—. Beberás en casa.

Pero ella ya había desenroscado el tapón, y bebía al mismo gollete, enlazada con el otro brazo al cuello de Minnix.

Tendió el frasco, y le alegró la respuesta de Kring:

—Este frasco es de usted, Clara. Ya agenciaremos otros después.

—Puedes tutearme, Donny. Eres un sol.

—Al menos en las mejillas se me nota.

Dorothy Wilson empezó a pensar que el pecoso que se preocupaba de su sarpullido primaveral, en vez de meditar en las represalias de Tim O'Connor, podía ser muy bien uno de los escasos «hombres cabales»…

Se vería si lo era, según se comportase después. Ella no era fácil, como la pobre dipsómana, que ahora reía cosquilleada la cara por los besos taimados de Owen Minnix…

CAPÍTULO IV

—Soy un león —afirmaba Minnix.

Estaba en el saloncito, y había conseguido, previo pago, dos frascos más.

En la cocina, Dorothy Wilson colocó sobre la mesa esmaltada los dos platos.

Donny Kring atacó el suyo con denuedo. Lo había ya asegurado. Los huevos fritos con mucho jamón, y muchas patatas, eran una de las grandes verdades indiscutibles.

Sentada al otro lado de la minúscula mesa, ella comió con más delicadeza.

Volvió a sonar el disco: «Selva libre», y además de bailar, Owen Minnix imitaba a la perfección los rugidos de fiera.

Reía nerviosamente Clara Graham…

—No es mala chica, Donny.

—Ni es mal muchacho. Es que a él le da la primavera por hacer el oso.

—Ha estado usted muy correcto hasta ahora, Donny.

—No me da usted motivos para que no lo sea.

—Gracias.

—Las que le rebosan por todos los poros.

—Pero prefiere usted el jamón abundante en el plato.

—Por ahora, sí. Pero si algún día me encuentra cabal, avíseme.

—Trataré de hacerlo discretamente. Estaba usted muy interesado oliendo y mirando el frasco que vació Clara. El que no cobró
O'Connor.

—Es «*whisky*» destilado en el Canadá. Viajó en barril. No llevaba mucho tiempo en el frasco.

—Está usted enterado.

—Me entrené en Nueva York, y con un profesional. Estaba empleado en la bodega de retención del puerto, de alcohol intervenido. Aprendí mucho con él. Cuando me despedí, ya dominaba el ejercicio del buen catador. Mezclar dos «whiskyes» y reconocerlos. Y ojos vendados, sin ver el color, catar de tres vasos.

—¿Piensa vender?

—Pienso ganar dinero. ¿No es la divisa de la ciudad?

—Envenenando a la gente… Clara no bebía antes…

—¿Tengo yo la culpa? El estanquero, no es responsable de las asmas y laringitis. Y siempre es mejor dar de beber al sediento, que atracar conejillos oficinistas.

—Ya supuse que usted…

—Dejémoslo, ¿quiere? Clara ya tiene su licor, y yo puedo largarme.



—¡Qué va! Es un placer...

—No se vaya aún. Usted quiere saber quién surte de licor a Tim, para comprar, ¿no?

—Algo parecido.

—Le surtía Flaherty, pero últimamente se procura Tim el licor por sus medios. Lo convinieron con Flaherty. Un viaje él, otro Flaherty, y reparten.

—Seguramente la carretera norte.

—Claro. Por los Lagos vienen los barriles, en gabarras. Los recogen en un camión, y bajan desde el Wisconsin. Por la carretera de Green Bay, generalmente. Tiene muchas secundarias, y así si aparecen los motoristas, pueden echar por cualquiera de escape. Es una ruta peligrosa.

—¿Sí?

—Muchas curvas.

—Curvas de muerte, de las que despeñan, ¿no?

—Usted sabrá, Donny.

Rebañado el plato lo apartó Kring. Ella fué al hornillo, y esperó unos instantes, hasta que volvió con una cafetera.

—Yo no sé nada, Dorothy.

—Es natural que no se confíe en la primera persona que le pregunte.

—Usted no pregunta nada.

—Podemos tutearnos, Donny. ¿Crees que soy tonta?

—Le das tú mil vueltas al más tunante. Suele ocurrir con las buenas mujeres. Entendámonos, eres una buena mujer porque eres bonita y con empaque de hembra, y también eres una mujer buena, porque seré tonto, pero las huelo.

—Buen olfato, y lo conserves, Donny. Ayer vestías algo usado, como Owen. Hoy boyantes, pero cortos de dinero, Owen no tenía pistola. Le conseguiste una. Tú en el «Lewis», dejaste que Owen conquistase a Clara. Y nos llevaste al local de Tim. Precisamente allí. Sabías que estallaría la pelea, o la buscarías. Pistola para Owen, y averiguar qué licor tiene y dónde lo adquiere. Cuando bajaba el ascensor le sacabas la cartera a Tim. No tienes pues para comprar camión ni licor. ¿Puedo seguir?

—Me pasma lo que «pupileas». ¿Era policía tu papá?

Dorothy Wilson frunció el entrecejo. Donny Kring sorbió hasta el fin su taza de café.

Ella murmuró:

—Me lo he ganado, Donny, Pero cuidado… No quisiera que dejásemos de ser amigos.

—Yo tampoco.

—Es que… mi padre se llamaba Buster Wilson, y lo apodaban «Dedos de Seda»…

—Caray, palabra que lo ignoraba, Dora. De veras, créeme.

—Lo mataron hace tres años, en el asalto del «Gold Coast». Mi madre murió poco después. Lo quería de veras. Y esto me va a pasar a mí, Donny… Cuando me enamore de un hombre cabal, no me importará lo que sea… Pero preferiría fuera un hombre decente.

—Bien pensado, Dora. Por lo tanto, me buscaré chica por otra parte.

—Mejor, sí. Podría cogerte afecto, y así se empieza. Escucha, Donny… Lo que pretendes es imposible.

—¿Qué pretendo?

—Hacerte rico como «racketeer». Expones triple.

—Y gano ídem.

—Pero ¿con quiénes cuentas? Perdona, estoy preguntando…

—Y te contesto, porque si me equivoco, y me estás sonsacando, ni tengo yo olfato, ni eres lo que me parece. Además, te lo advierto. Si averiguase algún día, que tú…

—No lo digas, Donny. Me lo supongo.

—Cuento conmigo, y con ése que ahora se cree que está cantando —y señaló Kring hacia el saloncito.

—¿Dos? En un camión como el de Tim, van seis. El del volante y uno al lado. Otros cuatro dentro con la carga, bajo el toldo. Con fusil ametrallador.

—¿No hay curvas en las carreteras? Además… no te inquietes, Dora. Si me sale mal, nada perdido. No me daré cuenta que estoy sin blanca. Y si acierto, tengo los primeros miles necesarios.

—¿A quién venderás?

—Sobran compradores.

—Pero el camión te delatará.

—Con quemarlo, o tirarlo al río, a otra cosa.

—Llevan más de veinte barriles.

—Encontraré dónde descargarlos.

—Lo ves todo muy fácil.

—Si no fuera así, me dedicaría a vender periódicos. Dicen que así empezó Rockefeller, pero yo no tengo talento para el comercio.

—¿Y fríamente… matarás a seis hombres?

—O ellos me matarán a mí, ¿no? ¡Tú, pelanas, no berrees así!

En la cocina apareció Owen Minnix. Le brillaban los ojos, y despeinado, en mangas de camisa, sonreía estúpidamente.

—Estoy cantando, jefe.
—Estás borracho, que no es igual.
—Oiga… ¿Es que no voy a poder celebrar la faena?
—Recoge la americana, y andando.
—Oiga… ¿Es que no voy a poder…?
En pie, Donny Kring palpándose la mejilla, masculló:
—Maldito picor. ¡No, pelanas, no vas a poder hincharte como un odre! Yo no te elegí para juergas, sino para trabajar.
Donny Kring quedó a un paso de distancia, del que agachó un poco la cabeza. No dócilmente…
—Te guste o no, pelanas, llevo yo el barco. Algún día puedes ser piloto, pero por ahora soy capitán. Esto pactamos, y esto hemos de cumplir. Nos entierran juntos, o iremos en coche de nuestra casa a nuestros «speakeasys». Piénsalo bien, Owen, porque es mi primer y último aviso. Si me agachas otra vez la testuz como allá en el puerto hiciste antes de embestir a los dos matones… no nos enterrarán juntos, sino por separado.
—Bueno… Estaba algo nervioso, jefe. La rubiales se ha dormido…
—Razón de más para que salgas de puntillas y no despertarás a nadie.
Owen Minnix asintió, y dando media vuelta trató de afirmar el paso en su búsqueda de corbata y americana.
Donny Kring informó:
—No es mal chico. La bebida, mala cosa.
—Y vas a negociar con bebida.
—Que la tomen a traguitos y es sano. Bueno, Dora, que te rueden bien las cosas. Suerte.
—No te vayas aún. Habíamos quedado en salir juntos.
—Ya hemos salido demasiado.
—Hace sólo tres horas escasas que nos tratamos, Donny.
—Y por mí, sobran dos y media. ¿No te das cuenta que me gustas casi tanto como los huevos con jamón?
—Una declaración a tu estilo, Donny. Te he pedido que te quedes, porque pudiera ser que Tim quiera molestar a Clara… Conoce esta dirección, y como tampoco a mí me puede ver…
En la cocina, entró Minnix, que fué a colocar la nuca bajo el chorro de un grifo.

—Amistosamente, Donny puedes alojarte aquí, si quieres. Doble ventaja, Donny. Si intentase Tim cualquier hazaña tú nos defenderías. Y os ahorráis el hotel.

—¿El hotel? Estamos en un tugurio, donde para respirar hay que subirse a la azotea. Acepto. A éste lo encierro conmigo, en esta cocina. Un par de colchones, o lo que sea.

—Hay mejor, Donny. En el salón, un diván-cama, y un catre para Owen. Yo y Clara tenemos alcoba separada. Cerraremos la puerta. Como hermanas… de infortunio…

Salió ella corriendo, mordiéndose los labios. La apenaba pensar que un hombre cabal como lo era «Dedos de Seda», como lo era el pecoso Donny, había elegido una ruta de muerte.

CAPÍTULO V

—Sí mastico algo, me acabo de despejar, jefe.

—Primero ayuda a Dora. Llévate en brazos a tu chica. Y cuando esté en su alcoba, vuelve volando.

—Sí, jefe.

Minutos después regresaba. Se dirigió a la alacena.

—Oíste a Dora. Nos da hotel, pero fraterno, ¿estamos? Y a la vez, si se presenta Tim
O'Connor…

—Más herramientas al canto —rió gozoso Minnix—. La rubia está alcoholizada, jefe. Se quedó como muerta…

—Beber y bailar, hace cóctel. Come y calla.

—Sí, jefe.

En el saloncito, Dorothy Wilson dejaba sobre el diván-cama, sábanas dobladas, junto a almohadas y dos mantas.

—Puede que siga tu suerte, Donny. Yo puedo saber qué ruta seguirá y en qué fecha el camión de
O'Connor.

—¿Cómo?

—Conozco a Myrna.

—¿Quién es Myrna?

—La novia de Jack Shanon. El que lleva el volante.

—No te metas en eso.

—¿Por qué no? Estoy sin trabajo. Si te haces rico…

—Calla. Sabrás levantar la pierna al compás del «*jazz*», pero hacerte la mujer fatal, no es tu fuerte.

Mordiendo el emparedado de queso, se acercó Minnix.

—Oiga, jefe; he pensado que si me llevo el catre a la cocina, queda cubierta la entrada. Hay escalerilla de incendios, y pueden

subir, saltando por la ventana del lavadero. Echo el catre de través, y cubro la retaguardia, jefe.

—Vas progresando, Owen.

—¿Verdad? —sonrió satisfecho Minnix.

Hizo el traslado, y volvió a asomarse.

—¿Puede uno echarse, jefe?

—Te hace falta. Pero, que nos despertemos.

—Sí, jefe.

Dorothy Wilson apagó la luz central. Dejó la de la lámpara de pie, y sentándose, dijo:

—A veces me cansa vivir así, Donny. Sé que de un modo u otro, he de terminar mal. Contigo… puedo terminar menos a disgusto. Eres a tu modo, leal. Conmigo lo eres.

—El fallo, te marcaría, Dora.

—¿Qué quieres decir?

—Si en el primer negocio, calculo mal… y me dejan tieso, te buscarán.

—Puedo correr este riesgo.

—Si me sale bien, no quiero que vuelvas a exhibirle por tablados.

—Sí, jefe —sonrió ella, con la voz algo trémula.

Donny Kring, en mangas de camisa, sobre la cadera izquierda la «Savage», paseó el corto trecho de pared a puerta.

—Yo veo el negocio así. Me entero de la noche en que traen el licor. Y la ruta. Estudio el terreno. Hay curvas, has dicho tú misma. Alguna en pendiente de subida, ¿no?

—Si.

—Se puede saltar sobre la lona. Pero… puede que luego se enterasen que habías sonsacado a Myrna…

—Myrna se queda sola, cuando Jack Shanon tiene que ir a recoger el camión y cargarlo. Se va un día antes…

—No. Hay otro truco mejor.

Siguió él paseando. Ella, con melancólica sonrisa, se atribuyó una hipocresía inexistente.

Pensaba que estaba tratando de justificarse, viendo en el pecoso, un hombre «distinto» a los demás.

Hablaba de robar y disparar a pistoleros, como de un negocio legal y decente.

—¿Qué pasa si unos motoristas persiguen un camión cargado? —preguntó ahora Donny.

—Que tratan de escapar. No les conviene, salvo en caso extremo, matar motoristas del Servicio de Represión.

—¡Pues ya está! Un camión sin «carga», no huirá apretando la marcha, si ve acercarse un sidecar de la ley, ¿no es así?

—No tienen por qué huir.

—Entonces… ¡el que huya es que lleva «carga»! No me hace falta que sonsaques. Owen y yo nos agenciaremos un sidecar y los uniformes. Nos quedamos al acecho, aunque sean veinte noches, pero camión sospechoso, lo enfilamos… Si huye, ¡lleva licor!

Asomó Owen Minnix la cabeza.

—Oiga, jefe, me estaba enjuagando la boca, y por eso le oí. No estaba escuchando a posta. Un buen truco ése. Pero ¿se ha dado usted cuenta que los del camión perseguido nos pueden brear a tiros?

—¡Ajá! Prueba de que llevan licor. ¡A dormir, pero con un ojo, y una oreja, pelanas!

—Sí, jefe.

Volvió a sus paseos Donny Kring.

—No pienses más, Donny. Si tienes sueño, me voy…

—¿Sabes jugar al envite?

—Un poco. Mi padre… también le gustaba el envite. ¿De ocho en baza, y robando hasta tres?

—¡Ajá!

Donny Kring se dedicaba al juego con ardor apasionado. Y empezó Dorothy Wilson a sentirse levemente ofendida.

Donny Kring no veía que era hermosa, sino que ella le estaba ganando doce dólares con veinte centavos.

Los pagaba de la cartera de Tim
O'Connor,
pero se ponía de mal temple. Vigilaba receloso los dedos manicurados, de uñas granate.

—¡Envío al siete, caray!

Descartó ella voluntariamente mal. Donny Kring rió alborozado, cuando recuperó sus pérdidas.

—Ya no más, Donny. Tengo sueño.

—Otra partidita, mujer. ¿Te rajas, eh? Claro; te estaba yo dando

fuerte… Bueno, ya habrá tiempo. Buenas noches.

—Dejaré la puerta que comunica con la alcoba de Clara, abierta. Cuando se despierta, está un rato con negras ideas. Le explicaré que hemos decidido que era conveniente protegerla, porque Tim tratará de vengarse en ella de su humillación. No le diré nada en absoluto.

—No le digas nada. Tú, yo, y el pelanas.

—¿Por qué le llamas así?

—Le hace gracia. Y a mí también.

Les separaba un paso. Ella lo dió…

CAPÍTULO VI

Burt Kowalski, al acercarse al zaguán, alzó las solapas de su abrigo, y bajó el ala del sombrero. Generalmente lo llevaba más bien echado hacia la nuca, y alas levantadas.

Pero como tenía una cara redonda de perro de presa, en su achatamiento, era fácilmente reconocible. No le interesaba que le reconocieran.

Llegó hasta el ascensor privado, que generalmente permanecía en el rellano de la salida personal de Timothy O'Connor.

Le estaba esperando en el interior, Jimmy Marvin.

Ninguno de los dos se saludó, y en silencio reprobativo, Burt Kowalski pasó a una de las habitaciones, donde Tim O'Connor consumía a sorbitos, en un alto vaso, su propia mercancía.

Kowalski se quitó el abrigo, y echándose atrás el sombrero, cogió el frasco para escanciarse en una copa que limpió con una gamuza del bar particular.

Tras chasquear la lengua como conocedor satisfecho, dijo:

—Hiciste mal en telefonear a comisaría, Tim.

—Empleé la convenida clave. Ni di mis nombres ni señas, sino el apellido convenido.

—Alguien podía haberme visto al entrar.

—En esta casa hay seis pisos, Kowalski. Además, un policía tiene también derecho a beber un trago, si le apetece.

—¿Qué te pasa, que me llamas a las dos de la madrugada?

—Era tu hora de relevo.

—Y la de dormir, también.

Tim

O'Connor
sonrió sin amabilidad.

—Nos ayudamos mutuamente, Kowalski. Te pago por mes, el doble de lo que ganas al año con tu empleo.

La diestra corta y maciza del sargento de detectives Burt Kowalski se crispó en rededor del vaso, pero tenía aguante. Prefirió terminar de beber.

Reiteró:

—¿Qué pasa?

—Un atraco.

—¿Eh?

—No te llamé antes, ya que respeto tu trabajo ordinario. A eso de las seis, vinieron dos parejas. Pidieron licor, y me negué a darles. Uno de ellos se puso valiente, me cogió por sorpresa, y me quitó la cartera.

Burt Kowalski frunció el rostro. Era su modo de reír, facialmente. Su garganta emitió gruñidos contenidos.

—¿Te causa gracia, no?

—Para tres cochinos días que vamos a vivir, hay que saber aprovechar los minutos chistosos. O sea que viene un tipo, te pide licor, y te quita la cartera… ¿Y qué?

—Eres policía. ¿O se te ha olvidado?

—Presenta la denuncia. Tendrás testigos de peso, ¿verdad?

—Jimmy, Johnny.

—No bastan.

—Clara Graham…

—¿La que fué tu chica unos meses?

—La misma. Iba con los que me atracaron.

—Difícil será que atestigüe a tu favor.

—Ésta es tu misión. Hacerla cantar.

—¿Quiénes eran ellos?

—No les conozco. Uno se llama Donny Kring, y fué el que me quitó el arma y la cartera.

—Aparta el arma, y dejemos sólo la cosa en robo de cartera a mano armada… ajena. Bien, ¿y qué debo hacer?

—Hay una ley para los que atracan a mano armada.

—Cinco años si no hay sangre, para el que lleve arma sin licencia.

—No es tipo con licencia ese Donny Kring. Apriétale las clavijas, pero métele en cintura. Y a los otros tres, algo les ha de tocar, ¿no?

—Unos meses, si no llevaban arma visible. Quieres pues que te quite del camino a ese Donny Kring, por cinco años, y a Clara Graham por unos meses. Los otros dos, ¿nombres?

Había ya apuntado en una libreta, y esperó lápiz tinta en ristre.

—Le llamaban Owen, al otro.

—Owen.

—Donny Kring acompañaba a Dorothy Wilson.

El lápiz pegó un punterazo en la hojilla.

El sargento de detectives Kowalski embutió lápiz y libreta en su bolsillo superior. Dijo:

—Ahora iré a dormir. Mañana buscaremos a ésos.

—¿Por qué no ahora?

—Tengo sueño, y no carburo bien así. Además, por mucho que me pagues, hay cosas que aún no me las puedo saltar. Tomo nota, escribo mi parte, y el comisario debe enterarse antes de que yo tome iniciativas. Es así la ley, Tim. Me llevo un frasco. Descuéntalo de mi paga. Hasta otra, y a ser posible no me hagas venir. Es preferible que nos veamos en un sitio neutro.

Tim O'Connor asintió, acompañando al detective ya abriendo la puerta del ascensor, Kowalski se alzó de nuevo las solapas del abrigo, y echándose hacia la nariz el sombrero, dijo:

—Mi patrón no te tiene simpatía, Tim. Le causará gracia saber que te dejas atracar a domicilio…

—Que se ría, pero que cumpla su oficio. Le pagan los contribuyentes para eso, ¿no?

—Hijo… Me consuela de mi cinismo, ver que los hay como tú, aún más cínicos.

—Menos filosofar, y al trabajo, sargento Kowalski.

—Se hará lo que se deba, O'Connor.

* * *

El comisario Bruno Muller iba poniendo su visto bueno a los

diversos informes. Trazaba un círculo y una cruz. Su marca.

Tenía un tolerante escepticismo, y fama de incorruptible. Estaba vivo, porque sabía también soslayar las difíciles intromisiones de políticos, y abogados influyentes.

Si un expediente atacaba a un protegido de las altas esferas, buscaba el medio de trasladarlo a la jefatura de otro distrito.

Apartó una de las hojas, y cuando terminó con las restantes, a la vez que las entregaba al policía de servicio, dijo:

—Que venga el sargento Kowalski.

Burt Kowalski apareció. Le afeaba aún más la hinchazón que rodeaba sus ojillos. Un frasco entero de «*whisky*», aunque estuviera digerido en siete horas de sueño, dejaba huellas.

Muller le acogió con una mirada en la que había desdén y parte de lástima.

—Explíqueme este asunto, sargento.

—¿Cuál, señor?

—No se haga el inocente. Aludo a la denuncia de ese lechuguino de irlandés.

—Los hechos sucedieron así: dos parejas acudieron al local de baile de Timothy O'Connor, con la pretensión de que les vendiera licor. Timothy O'Connor les manifestó que se habían equivocado, puesto que en su local…

El Comisario Muller dió tan sólo un manotazo sobre su carpeta. Varió el estilo informativo del sargento Kowalski:

—… y el llamado Donny Kring, sacó arma, amenazando a O'Connor y sus dos empleados, arrebatando la cartera de O'Connor. Les acompañaban un tal Owen, y dos chicas coristas: Clara Graham y Dorothy Wilson.

—Dedíquese a encontrar esos dos individuos. Un momento… Les interrogaré yo, ¿me entiende bien, Kowalski? Yo… No les ponga la mano encima, mientras no se lo ordene. Limítese a requerirlos a mi presencia. Puede irse, Kowalski.

—A la orden, señor. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—No.

—¿Puedo indagar subordinadamente por qué me niega…?

—Lárguese, Kowalski. ¿No quiere salir de estampía? Bien, entonces sepa por qué no le toleraré ninguna clase de preguntas. Es sencillamente, porque hasta hace unos meses, usted era un hombre. Bruto y cerril, pero un hombre… Y le apreciaba yo, Kowalski. Le creía capaz de aguantarse con su sueldo… Y ya basta. Nos entendemos, sargento. No me pregunte nada, y no le preguntaré. Fuera.

Por un instante, Burt Kowalski pareció dispuesto a hablar. Pero el «viejo» tenía una mirada muy expresiva. Mitad asco, mitad pena…

—A la orden, señor.

En el despacho general, pidió Kowalski:

—En la lista de fondas y camas, búscame un tal Kring. Donny Kring.

El comisario Muller pedía un número por teléfono. Cuando obtuvo comunicación, se limitó a decir:

—Acude al instante, Dora. Tengo que hablarte seriamente.

* * *

Dorothy Wilson ya vestida, contempló unos instantes el sueño del que tendido boca abajo en el diván-cama, demostraba que había dormido a medias, mientras reinó obscuridad fuera. Y ahora se desquitaba.

El rostro pecoso, exhibía una sonrisa beatífica. No importaba que una de las manos colgantes, rozara sobre la alfombra, la funda pistolera…

Parecía un muchacho sin preocupaciones.

Diez minutos después Dorothy entraba en el despacho del comisario Muller.

—Buenos días, señor comisario. Veo que está usted bien.

—Lo mismo quisiera decirte. Siéntate. ¿Hago historia?

—Según lo que entienda usted por historia…

—Tú me hiciste una promesa.

—Soy la hija de «Dedos de Seda», y él cumplía sus promesas, comisario.

—Entonces, ¿qué diablos fuiste anoche a incordiar en el

«speakeasy» del lechuguino irlandés?

—No entiendo.

—Yo confiaba en que me tenías amistad, Dora.

—Le respeto y aprecio, señor. Usted era uno de los policías que trataba de enmendar el carácter de mi padre. Y él me dijo varias veces que usted era un hombre decente.

—¡Pues al grano, niña! ¿Quién es ese Donny Kring?

—Es… el hombre por el que soy capaz de todo. Le conocí ayer.

Dos frases tontas, casi absurdas, y sin embargo, Bruno Muller no las interpretó así.

En vez de replicar, moduló algo intermedio entre carraspera y bufido.

Dorothy Wilson se limitaba a sonreír melancólicamente. Y dijo, al prolongarse el silencio:

—Soy la hija de «Dedos de Seda». Lo llevo en la sangre. He encontrado un hombre cabal, porque es de una ingenuidad escalofriante. Como un niño que quisiera jugar a bandidos.

—No te extravíes, niña. Ese tal que te parece un bebé juguetón, atracó a Tim
O'Connor.

—¿Y quién es Tim
O'Connor?
Un sucio cobarde, que envenenó a Clara convirtiéndola en dipsómana, un cobarde canalla que se cree muy hombre, porque…

—No eres testigo de cargo, sino todo lo contrario, Dora. Estabas con Donny Kring, cuando éste sacó arma. ¿Tiene licencia tu gran hombre?

—No sé nada, ni vi nada. Miente Tim, porque le dió rabia ver a Clara con otro.

—¿Qué otro?

—Owen Minnix.

—A ambos los está buscando el sargento Kowalski. Por denuncia que ha presentado Tim
O'Connor.
¡Cállate! No me vas tú a decir lo que ya me sé. Tim
O'Connor
será quien es, pero le atracaron. Lo denuncia, y tenemos que dar los pasos necesarios. Si llegas a ver a tu amor antes que lo coja

Kowalski, aconséjale que se vaya a tomar otros aires… y otras carteras, fuera de mi jurisdicción. Nos hicimos una promesa mutua, Dora. Tú serías buena chica y yo trataría de evitar que cayeras en la equivocada idea de que por haber muerto tu padre como murió… estabas destinada a terminar mal. Es una lástima que te hayas enamorado de un tipo que se dedica a atracar. Una y no más, Dora, Si tu amor, en vez de irse a otro Estado, sigue incordiando, lo meteré entre rejas. ¿Entendidos, niña?

—Quizás yo pueda hacer de él otro hombre.

—Será cruel lo que te diré, Dora, pero a los que quiero les digo las verdades, en su propio bien. ¿Qué pretexta Kring? ¿Qué atraca a maleantes y es casi una acción honrada?

—No se justifica.

—Algo es algo. ¿Que no trabaja decentemente porque tiene mala suerte? Es lo que dicen todos los que llevan malos instintos.

—No tiene malos instintos. Ya se lo he dicho, comisario… Es como un niño… Forja unos planes descabellados… y… lo matarán. Porque no tiene mala idea, sino bravura.

—Una bravura mal encarrilada. ¿Cuáles son esos planes?

—Cito el pecador, pero no el pecado. ¿Puedo irme?

El comisario Muller, no le hizo exprofeso. Se tocó el costado izquierdo. Le dolía a veces, en los cambios de temperatura, y hacía fresco aquella mañana.

Le dolía la cauterización, en el lugar donde le habían extraído una de las balas que disparó «Dedos de Seda» antes de caer acribillado.

Constaba que el comisario Muller, si bien estaba al frente de cuatro de sus agentes, no sacó arma. Había querido imponer al atracador una rendición.

—Lo siento, Dora. Ha sido una mala suerte que fueras a enamorarte precisamente de un hombre que sabes terminará mal. Luego… puede que me cojas rencor…

Dorothy Wilson sabía ser sinceramente atractiva. En pie, dió la vuelta a la mesa, y fué a besar en una mejilla al comisario.

—Todos nacen con su carácter, señor. Yo nunca le tendré rencor. Porque usted es bueno, como también lo es Donny. A su modo. Equivocado, pero nada en el ambiente de esta ciudad lo corregirá.

—Tráemelo, y a lo mejor, yo le puedo encauzar hacia otros

derroteros. También en mi profesión necesitamos pistoleros decididos…

—Quiere hacerse rico pronto.

—Entonces… Dios te proteja, Dora. Adiós.

—Adiós, señor.

El comisario Muller a solas, tachó rabiosamente una hoja en blanco. Su lápiz rojo formaba aspas… Un modo de exteriorizar sin palabras su íntima protesta. ¿Por qué muchachas decentes como Dora Wilson se creían destinadas a un mal fin?… ¿Y por qué no había surgido, antes que Donny Kring, un hombre cabal que la enamorase?

CAPÍTULO VII

—¿Se ha dado cuenta, jefe? No le metí camelo cuando le aseguré que yo guisaba como una verdadera mujercita de mi casa. Estaban para chuparse los dedos estos flanes.

En la cocina, saboreando el café, Donny Kring admitió:

—He comido peor. ¿Te has enterado de dónde fué Clara?

—Quiere encontrar trabajo. Y se lo encontrará. Estando a secas, es guapa. Oiga, jefe, están hurgando en la puerta.

—Tienen llave ellas dos…

Owen Minnix abandonó su confortable asiento, para enfocar hacia la puerta mirada y «Luger».

Entraba Dorothy Wilson. Discretamente, Owen Minnix insinuó:

—Yo podría darme un paseo por la ciudad, jefe…

—Quédate, Owen.

Era ella la que hablaba, y Minnix se irguió ofendido.

—Oiga, usted, que yo le estaba hablando al jefe, y no…

—Quédate, pelanas.

—Eso es otra cosa. Me quedo, jefe.

—Os están buscando a los dos, Donny. Un sargento de policía muy duro. Burt Kowalski. Dicen que es pagado por O'Connor y Flaherty.

—¿Ves tú, Owen? Más tarde, cuando ya estemos instalados, lo primero es dar paga a un policía.

—Usted está en todo, jefe.

—Por un Kowalski, hay diez Muller —dijo ella.

—¿Quién es ese Muller?

—Un policía honrado, que los hay y muchos, aun en el podrido Chicago, Donny. Pero lo que conviene es que os ausentéis cuanto

antes.

—Ni hablar.

—Es que… Jack Shanon se fué este mediodía. Me fui a comer al restaurante donde va Myrna. Y Shanon se ha ido.

—Caray… Entonces, ¿hay alijo?

—Si me prometieras una cosa, Donny, yo te facilitaré lo que he averiguado.

—Venga a ver.

—Con el dinero que saques de este asunto… nos iremos al Canadá. Hay allá negocios honrados…

—Cuando tenga yo un cuarto de millón, iré al Canadá, de turista. Y me saludarán… Es la cifra que me he fijado. Un cuarto de millón para mí, y otro para el pelanas.

—Eso es hablar, jefe. Vamos a por ellos.

—¿Conoces «Green Bay», Donny?

—Uno de los estuarios del Michigan en el Estado de Wisconsin. Tiene un equipo de pelota-base de categoría.

—Hay hangares de conservería. Y mucho camionaje. No sé en dónde exactamente, pero en la Bahía recogen y cargan el camión. Desde Green Bay hasta Watetown, conduce solo Jack Shanon. Me lo ha explicado Myrna. Parece que están sobornados los motoristas en esta carretera. Y en Watetown, en la curva de puente sobre el Mendoza, a media milla del pueblo, es donde suben al camión Tim O'Connor,
Jimmy Marvin y Johnny Gallagher. Y otros dos, suben en la bifurcación de frontera, en Kenossha. Así están sabedores de si hay motoristas rondando.

—¡Ajá! Apúntame todo eso, Dora. Eres una chica con talento.

—He comprado el plano de carretera de Wisconsin y de Illinois.

—¡Ajá!

Ella desdoblaba dos grandes hojas. Rasgó parte de las dos, y explicó:

—Sólo interesa esta parte que es la del Este, la de carreteras junto al lago. Con este lápiz, te marco el camino que sigue el camión. Aquí es Watetown, donde suben en la curva del puente, Tim y los otros dos. Esta línea es la frontera, desde la que hay sólo dos horas de carretera. El camión es un «Stone», castaño, con lona obscura.

—Visto. El golpe está claro. Saltarle a Shanon sobre la espalda, antes de Watetown. Pero hemos de ir a reconocer le carretera desde Green Bay hasta Watetown.

—Shanon no llega hasta la noche, allá. Y para el camino de vuelta eligen horas muertas. Llaman así, de una de la madrugada en adelante. Con el Norteño Azul, que sale a las cuatro, llegáis a Appleton a las diez de la noche. Es un autocar que os permitirá ir siguiendo el trazado de la carretera general desde Janesville a Appleton, que dista apenas cinco millas de Green Bay. Te lo apunto aquí, Donny.

—La cosa va sobre ruedas.

Owen Minnix acabó de vestirse, cuando hubo controlado el buen funcionamiento de la «Luger» de Tim O'Connor.

Mirándose en un espejo, Kring comentó:

—Será la levadura de cerveza, pero me voy salvando. Mejillas lisas como el traserito de un bebé de casa rica.

—¿Qué harás con la carga, Donny? ¿Y con Shanon?

—Con Shanon bastará impedir que nos vea, y echarlo a un pasto, bien atado y mudo. Tengo mi idea sobre la carga. Una idea estupenda, de tan sencilla. El camión, ya veré… Estaremos ausentes unos días, Dora. Sería mejor que tú me esperaras en otro sitio. Cuando O'Connor se vea sin camión, podría sentirse atacado de malas pulgas. No quiero que estés aquí.

—¿Dónde?

—Échate una vuelta hasta aquí.

Apoyó Kring el índice en la estrella que señalaba en el mapa superior, la capital de Wisconsin: Madison.

—Habrá un «Hotel del Comercio» porque no falla. Todas las ciudades de más de cien casas, tienen un «Hotel de Comercio». Te hospedas allí con Clara. Le dices que allá podéis obtener un buen contrato. Lo que sea. Cierras bien aquí, y ya apareceremos, por Madison. «Hotel del Comercio».

—Puedo ir con vosotros hasta Janesville.

—No. Y no pases pena, porque esto es pan comido. Gracias a ti.

—El Norteño Azul, sale de Humboldt Park. Cada seis horas.

—Echa un vistazo a la escalera, Owen.

—Voy.

Fuera ya Owen Minnix, sonrió Donny Kring:

—Cuídate, muchacha. Si me sale bien este primer negocio, no tendrás que preocuparte por nuestro porvenir.

Ella besó con pasión. Él con afecto, pero distraído. Tenía en la mente, los trazos azules del mapa, y el círculo que rodeaba el enlace de la curva de Watetown.

* * *

El autocar que unía Chicago con Madison y Appleton, no estaba completo cuando emprendió la marcha hacia el Norte.

Pudo Kring elegir asientos equidistantes de motor y entrada posterior. Y también de oídos.

Minnix miraba el paisaje urbano que se espaciaba progresivamente. Dijo, cuando ya el autocar de treinta plazas, con sólo ocho pasajeros, atravesaba el pueblo de Elgin:

—No sé por qué le llaman azul a este «Leyland» que es gris, jefe.

—Porque sigue el curso del Illinois primero, y después del Mendoza, y a partir de Watetown remonta entre el lago y el Winebago. ¿No lo ves aquí?

—Lo veo demasiado claro, jefe. Yo diría algo, pero luego usted se va a enfadar.

—Pues calla, entonces.

En la frontera, el autocar pasó sin detenerse. No había aranceles ni prohibiciones entre los Estados de Wisconsin e Illinois, unidos comercialmente por el Tratado de los Fronterizos con los Grandes Lagos.

En Janesville bajaron dos pasajeros.

—Me despiertas cuando lleguemos a Fondulac, pelanas.

—¿Dónde está eso?

—Apeadero tres millas antes de Watetown.

—Como usted quiera, jefe, pero… Nada. Usted manda. Le daré aviso.

Donny Kring cerró los párpados, pero no durmió. A su lado, Owen Minnix empezó a morderse las uñas…

CAPÍTULO VIII

Fondulac, al sur de un lago surcado por cuatro riachuelos que bajaban de las alturas de Chipewa, era poblado maderero.

Comerciaba con viajantes de muchos Estados. La carretera que unía Fondulac con Appleton, serpenteaba por entre extensos bosques de abetos.

La temperatura no era primaveral, a las siete de la noche. Se agradecía el buen fuego de leños que calentaba la espaciosa sala de una de las fondas del poblado.

Owen Minnix comió con el mismo apetito que Donny Kring. Y miró con recelo la caja de habanos que tendía Kring.

—Elige uno, pelanas. No reparo en gastos, en las grandes ocasiones.

—¿Puro y todo, jefe? Esto es una cena de fiesta.

—Diste con la palabra. Fiesta. Y ahora, un paseíto para despejar la sangre.

—Hace por fuera un tarillo que corta el forro del cutis.

—Vivifica la sangre.

La calle principal estaba trazada de modo que quedaba amparada de los vientos este y montañeros.

Pero cuando ascendía para terminar en la explanada al oeste del lago, un áspero viento hizo encoger el cuello a Minnix.

Plataformas de troncos se apilaban a trechos. Serían transportados por los «rodadores» aguas abajo, hasta el puerto de Sheboygan.

Protegían del viento, y la que eligió Kring para sentarse, permitía ver entre masas arbóreas, la cinta de ruta, identificable por las alambradas y postes pintados, que protegían los lugares donde los virajes bordeaban abismos.

—Ahora ya puedes hablar, pelanas. Hemos cenado bien, y no me enfadaré.

Owen Minnix arrancó del suelo un tallo. Lo mordisqueó…

—Es difícil decirlo. Primero, quisiera saber si está usted enamorado de Dorothy.

—Estoy enamorado de las pecas que me adornan la piel, y quiero conservarlas.

—Yo estoy muy dispuesto a jugarme el bigote, y usted me dice que vayamos a la curva del puente, y voy. Lo que sea, pero de modo que si he de quedarme tieso, que no sea con rabia.

—¿Qué te da rabia?

—Pensar que nos puedan haber preparado la fosa.

—Ya me olí que no eres tan borrico.

—Jugarme el bigote, me despeja la sesera. Yo no digo que Dorothy sea, en fin, ¡usted ya sabe!

—Tenemos los planos, sabemos por dónde anda solo Jack Shanon, y lo sabemos todo.

—¡Ahí está! Sabemos demasiado. También tiene guasa que así de buenas a primeras, la novia de Shanon le sople a Dorothy por los codos.

—Las mujeres hablan por los codos.

—Puede que sí. Bueno, yo ya he hablado lo mío.

—Y supones que Dorothy nos ha preparado la gran encerrona. Si nos acercamos a la carretera de Green Bay, en vez de Jack Shanon a solas, nos hallaríamos con un par de ametralladoras asomando bajo el toldo, entre los barriles.

—¡Dió usted en diana, jefe!

—Y si esperamos por el puente de Watetown, nos acribillan como a perdices, Timothy y sus dos chacales.

—Está usted en todo.

—No somos perdices que acuden al reclamo, Owen. Da lo mismo que nos haya querido engañar Dorothy… Duele un poco, pero da lo mismo. Como decía, no sé quién, que decía que lo que no mataba endurecía. Hay que endurecerse, Owen. Estas carreteras con tanta curva, nos lo enseñan. Nada es recto entre los que quieren hacerse ricos pronto y sin reparar en medios. Vamos a ver… Allá, donde el río forma curvas y es salvado el puente, el camión ha de rodar en primera… Y estarán agazapados Timothy y dos más. Esperando por

si asomamos. Hacia la una, Jack Shanon al volante, irá acechando por donde mejor podamos asomar. Se trata de escoger el punto más apropiado, Se podría dejar, si como sospechamos están sobre aviso. Myrna no hubiera dado tanto detalle, nunca. No acabo de ver la razón por la que Dorothy nos engañó miserablemente, pero no es esto lo que nos hace tomar el fresco. Se trata de ver cómo un camión con licor, nos da todo de ganancia. Seguro que Timothy sabe ya que cogimos el coche de las cuatro. Con preguntar al cobrador, sabrá que bajaron dos tipos de nuestra calaña, en Fondulac. Deducción…: Hemos pensado liquidarlos en el puente, porque somos dos novatos. Hay un trozo de carretera precioso entre Wausan y Portage. Forma en el mapa más eses que un borracho perdido en la pista barnizada con jabón. Y marca las cotas de pendiente. Por fuerza, han de poner primera… Jack Shanon solo al volante, y bajo el toldo unos barriles… y un par de ametralladoras por lo menos. Vamos a caminar por fuera de la carretera, Owen. Una nochecita a modo. La primera piedra de nuestra fortuna o de nuestra tumba. Podemos dejarlo, si quieres. Contesta.

—Donde vaya usted, allí voy, jefe.

—Andando.

Senderos de leñadores y cazadores. Se alejaban de las carreteras asfaltadas, para desembocar de nuevo en alguna, a fin de orientarse.

Unas luces titilantes en la nítida atmósfera bruñían la tersa superficie de un remanso. Formaban como un camino volante entre dos masas obscuras.

—El puente de Watetown. Todo hierro, y une la carretera que pasa dos túneles. ¿Conoces a Shanon?

—Ni de lejos.

—¿El camión, qué marca es?

—Dijo Dorothy que era un «Stone», de carrocería castaño, con lona gris obscura.

—Figúrate que vas al volante, y vas muy escamado. Llevas atrás una carga y dos o tres compadres seguros y de gatillo fácil. Éste es el negocio, Owen. Pararlos sin que nos paren los pies para siempre. Me quedan aún unas cinco horas para dar con el quid. Hemos de dejar atrás Watetown.

—¿Y aquel truco de cogerles el «side» y la ropa a dos motoristas?

—Se lo conté a Dorothy, ¿no?

—Es verdad. Ya lo saben ellos.

El sendero subía ahora en pendiente pronunciada, hasta una de las colinas horadadas para unir Fondulac con Watetown.

Otro poblado de leñadores, con sus serrerías, y sus embarcaderos Se hacinaban troncos descortezados en pirámides contenidas por la base con el hábil empleo de cureñas y cuñas.

Más allá de Watetown, la carretera desde Wausan a Portage, formaba ochos que no cerraban en el mismo plano de altura.

Los equipos de tala reposaban. Habían terminado la diaria labor, dejando a trechos, las bien consolidadas pirámides, que a intervalos semanales, una vez detenido el tráfico por unas horas, eran aludes de madera rodando hacia el río, por la vaguada natural, donde la carretera pasaba abierta a un lado y otro.

* * *

Jack Shanon conducía con fácil dominio del volante. Sabía que hasta Watetown no habría motoristas preguntones.

Estaba solo en el asiento delantero, pero confortado por la oculta presencia del propio Tim
O'Connor
atrás, en compañía de Jim Marvin y John Gallagher.

La carretera podía estar obscura, a largos tramos, pero la luz lunar era suficiente para distinguir dos sombras surgiendo…

Eran cándidos aquellos novatos. Pensaban como otros antes de morir, que era fácil ser «racketeer».

Bastaba esperar en una curva con pendiente, donde el motor resoplaba fatigosamente.

Demasiado fácil.

Por la rectangular abertura del respaldo en la carrocería, avisó la voz de
O'Connor:

—Vienen por el camión intacto, Jackie. Déjales aproximarse. Puede que corten el paso con un «side» patrullero. Y hasta Watetown, no hay patrulleros esta noche. Déjales acercarse, Jackie. Les verás las manos. Puedes disparar si llevan las manos ocupadas. Puedes verlos bien, si vienen de frente.

En el interior, comentó Marvin:

—Habrán pensado que será mejor suplantar a los del puente. Hemos dejado ya atrás el paso de Portage.

—Puede que estimarán más seguro esperar en el puente. Pero les atraerá más, meterse con Jackie, y después, desde el camión, rociar a los que en el puente hicieran señales para subir, unos chicos listos, ésos. Lástima que llevemos carga, porque me hubiera gustado darles su merecido a modo.

—Si han ido al puente, y han visto que no hay nadie, pensarán que hay trampa…

—Éstos no piensan. Tienen hambre de dinero. Y me apuesto cinco a uno, que intentarán el golpe pensando en el camión llevado por Jackie solo.

El camión roncaba a medida que la cuneta formaba virajes abiertos de escalada de los flancos de la colina de Wausan.

Jack Shanon veía cómo los faros lamían a la izquierda de las escarpaduras, a ratos de roquiza contextura, otros de arboleda, y a la derecha, la alambrada protectora.

Abajo, el rumor del río, unas veces fragoroso, otras susurrante. La factoría de Wausan en la cima, apagadas ya las luces.

Todo era quietud, sólo interrumpida por el ronquido del motor. Pero eran curvas de muerte, porque en cualquier instante podían surgir motoristas, o «racketeers».

Y los había que no tenían nada de novatos. Como por ejemplo, la pandilla de Dado Sforza y Rudi Lamberto.

El «Stone» rozaba con la lona, ramas bajas, cuando Jack Shanon presintió que se aproximaba un momento álgido.

Terminaba el viraje y penetraba en recta llana de la cumbre de la colina de Wausan, cuando gritó:

—¡Se nos echan encima, sé nos…!

Le truncó la frase un punteado de balas que formó dos líneas de fuego, de cristales que saltaban crepitantes…

Jack Shanon murió sobre el volante, asiendo por instinto la palanca de freno.

Un torpedo negro, «Chevrolet», que aguardaba en la recta, faros apagados, acababa de embalar, y al paso, roció a altura de pecho y rostro, la carlinga.

El camión se ladeó levemente, al entrar en la cuneta sobre el

lado izquierdo.

Desde el «Chevrolet» otra doble ráfaga, crepitó hacia el asfalto. Reventaron los dos neumáticos del camión…

El torpedo negro desapareció por la curva, pero chirriaron ominosamente frenos y neumáticos. Viraba para reemprender su pasada de muerte…

CAPÍTULO IX

John Gallagher saltó el primero, porque sabía lo que iba a seguir, y uno de ellos debía evitarlo. Intentarían incendiar la lona para echar fuera los ocupantes protegidos por los barriles.

Pero la acción planeada por Dado Sforza, y dirigida por su segundo Rudi Lamberto, tenía en su rápida ejecución, la intervención a pie, desde delante, de dos buenos tiradores.

No les fué difícil taladrar de arriba abajo a John Gallagher. Y seguir avanzando corriendo, hasta parapetarse subidos al estribo derecho…

Raudo, el «Chevrolet» iniciaba su veloz avance en sentido inverso.

Cogía ya impulso el brazo del que llevaba la esponja empapada en gasolina, y encendida. El objetivo era el techo de lona.

Dispararon a la vez desde el estribo hacia dentro, y desde dentro hacia el coche.

Pero la esponja describió su arco, y cayó donde la destinaban. Uno del estribo chocó de nuca contra el guardabarro. El otro logró alzar una esquina de la lona…

El «Chevrolet» volvió a chirriar, viró, y apagados los focos, se detuvo. Daba frente al radiador del camión parado.

Dos hombres saltaron corriendo hacia la escarpadura lateral.

Otro, el del volante, tardó unos segundos más.

Jim Marvin saltó a tierra. No quería ser acribillado, sin defensa, tosiendo y medio asfixiado…

Tim
O'Connor
se daba valor, gritando, pero sin decidirse a abandonar los barriles. Consiguió acertar por segunda vez, y la lona venteando a la ráfaga,

pareció impulsar al pistolero asaltante, que perdió también su posición ventajosa.

Pero estaban ya logrados los objetivos señalados por Dado Sforza.

Rudi Lamberto disparaba desde debajo de la caja y cortó el avance de Jim Marvin.

Los otros dos, penetraban en la carlinga uno, y se encaramaba sobre la lona el otro, azotando con un jirón de lana, la llama que él mismo había prendido.

Tim O'Connor cogido entre dos fuegos, desde la carlinga, y a un lado, murió bañado en alcohol. Dos balas que le mataban, abrieron orificios en un barril.

—¡Berto! ¡Al camión!

Una labor velozmente ejecutada, donde cada minuto valía miles de dólares.

Más allá del detenido «Chevrolet» estaba el camión propiedad de Dado Sforza, vacío. Llevaba sus pasarelas, para facilitar el transporte de una a otra caja.

* * *

—Después de la recta, vuelve a poner primera, y es el momento. El camión lo volcaremos. Los barriles aquí mismo, quedan bien escondidos, en esta fosa. No necesitamos ni transportarlos. Nos los pagarán… ¿Qué sucede, Owen?

Owen Minnix que estaba ya tomando posiciones, señaló hacia la cinta que ascendía. Murmuró Kring:

—Todavía tarda diez minutos en llegar, pelanas. No te pongas nervioso antes de tiempo.

Pero Minnix persistió en señalar no hacia los virajes por donde remontaba el «Stone», sino hacia la recta, que desde el altozano dominaban.

Y Donny Kring convirtió en rendija los párpados. Veía avanzar, faros apagados, dos masas. Una mayor, que se detuvo, muy adherida al lado rocoso. Saltó una silueta.

Pasaba a alcanzar el coche y apenas subió al estribo, embaló el

«Chevrolet» negro…

Crepitaron los disparos al surgir el «Stone»…

—¡Nos roban! —clamó Minnix, indignado.

Corrió a saltos tras Kring que, abandonando el altozano, bajaba hacia la carretera, pero distaban unos trescientos metros de donde se estaba librando el breve combate.

Remataba Rudi Lamberto, cuando Donny Kring tocaba con la mano izquierda, una de las pasarelas que sobresalía unos centímetros del borde inferior de la caja del camión de Dado Sforza.

A su lado, Owen Minnix resollando, oyó también:

—¡Berto! ¡Al camión!

Y subió con la misma rapidez que Kring, andando a gatas primero por uno de los planos maderos.

El camión arrancó, pasó al lado del «Stone», viró a la derecha, y dió marcha atrás, hasta tocar culata con culata.

Desde el interior del «Stone», Rudi Lamberto y Guido Parker atrajeron cada uno, plana madera.

Tenía talco y resina, que facilitaba el rodar de los barriles. Se encaramó por un lado, Berto Guscio, en su camión…

Dijo:

—Dejaron seco a Bill, y da las últimas boqueadas Lorenzo.

Rodaban ya los dos primeros barriles. Bamboleándose fueron a detenerse al lugar más obscuro del camión, en el tabique de respaldo.

Actuaban deprisa. Los disparos podían haber sido oídos, y leñadores curiosos podían acudir. Había también vigilantes rurales en las serrerías.

—Buena carga. Estaba en lo cierto Dado —comentó Lamberto, empujando el cuarto barril.

Berto, entre los otros dos, empujaba con vigor.

—De quince galones cada uno. Manejables —iba diciendo Rudi Lamberto—. ¡Ey! ¡Quietos!

Tres barriles siguieron rodando hasta chocar contra los otros…

Los tres pistoleros permanecieron quietos, de un modo especial. Alzando la lona, y sujetando la culata de una «Thompson» bajo el sobaco, Rudi Lamberto. Los otros dos, pistola en mano.

Se acercaba un coche, faros encendidos. Turismo.

—Van a parar y preguntar si necesitamos ayuda, Rudi —susurró

Guio o Parker.

—Peor para ellos. Haber escogido otra hora para viajar…

El turismo ocupado por un viajante de comercio, se acercaba. Pero frenó al desembocar en la recta.

Eran hombres tendidos, sí, accidentados, los que en número de cinco, yacían en diversas posturas…

El viajante de comercio, dió marcha atrás precipitadamente. Sudaba febril, mientras maniobraba para no despeñar su coche, y a la vez alejarse de aquel siniestro espacio recto, donde un camión le daba frente…

Recuperó el mando, emprendiendo veloz la bajada hacia Portage…

—¡Aprisa! ¡Éste avisará! ¡Aprisa, vosotros! Vete a poner los calzos a los barriles, Berto.

Berto obedeció, empujando a la vez un barril. Era musculoso y logró ponerlo en pie. No se mantuvo en pie, al recibir el recio culatazo que le propinó Donny Kring.

Sonó como el mazazo que calzaba los tacos de madera triangulares.

Rodaron otros dos barriles, pero chocaron y retrocedieron.

—¡Idiota! ¡No calces los otros, sino éstos, Berto! —gritó Guido Parker—… ¡Ey, Berto!

Fué Rudi Lamberto el que trató de recoger su «Thompson», dejado contra la cruceta.

Lo hizo tirándose a lo largo, mientras Guido Parker disparaba hacia las sombras movientes.

Owen Minnix disparó con economía. Una sola vez. La frente de Guido Parker se enrojeció…

Donny Kring estaba ya a caballo en su zambullida sobre la espalda de Lamberto, que tocaba la culata del ametrallador.

En la nuca del lugarteniente de Dado Sforza, restalló el culatazo de la «Savage» sin estrenar, y con cargador sencillo.

Cogió Kring el «Thompson»…

—Échalos aquí, pelanas.

Owen Minnix empujaba al desvanecido Berto Guscio, por una pasarela. Quedó tendido entre Lamberto y Guido Parker.

Los restantes seis barriles caracolearon contra los otros. Owen Minnix apartó un poco el «Leyland» y Kring, atrás, pudo alzar la

hoja de cierre.

—Vira con calma, pelanas. Con calma. Hay fosas a la izquierda. Con calma, pelanas.

Owen Minnix viró con calma. Kring acabó de pasar los sujetadores de hierro por fuera, y bajando de un salto, entró en la carlinga, cuando ya Minnix terminaba la difícil maniobra de virar en cinco tiempos…

Iba a acelerar cuando frenó en seco. Dijo, excusándose:

—Están muertos, pero pasarles encima, no me…

—¡Mira, tú! Bueno, espera…

Bajó Kring y la culata del «Thompson» fué empujando los dos cadáveres que estaban entre el camión ladeado, y la alambrada. Los empujó bajo el «Stone».

Y de nuevo junto a Minnix, que ya embalaba, comentó:

—¿Ves, tú? Todo en regla. Sácale el máximo, Owen.

—El del turismo que escapó con suerte…

—Estará avisando. Y desde Portage avisarán la Watetown. Por eso, hay que darse prisa.

—Nos cerrarán el paso.

—Cada barril pesa quince galones. Sesenta kilos, los llevas hasta la fosa que escogí, ¿o no los llevas?

—¡Como un rayo, jefe! Buen cacharro éste. Es una lástima perderlo.

—No tardarán ni media hora en darse cita en esta carretera, un nubarrón de polizontes. ¡Aquí mismo, Owen!

Frenó Minnix en seco, diciendo:

—Puede fallar el freno, jefe.

—Calzo las ruedas. Baja ya.

Quince minutos de actividad constante. Los barriles bajaban suavemente por la pendiente en declive. Cuando estuvieron amontonados, sabía ya lo que debía hacer Minnix.

Ramas, hojarasca, y más suavemente, cortezas mal desbastadas con sus trozos de tronco, rellenaron una de las fosas abiertas para calcinar. No volvían a ser empleadas hasta fines de verano por los carboneros.

Donny Kring condujo un instante, curva abajo… Mantenía abierta la portezuela con un pie en el estribo.

Dió un brusco giro al volante, y saltó fuera… El camión derribó

parte de la empalizada de seguridad, antes de quedar unos instantes con las ruedas delanteras en alto, girando…

Después pareció como si fuera absorbido por el rumor del río, deslizándose unos veinte metros abajo.

Los tumbos del «Leyland» apenas se oyeron, porque las sirenas policiales procedentes de Watetown, aullaban ya. Tenían más llano el camino que los motoristas procedentes de Portaje.

Donny Kring y Owen Minnix a través del bosque, se frotaban manos y hombros Minnix pensaba en el «Thompson» que también formaba parte del botín oculto con los barriles.

—Amanecemos en Madison, pelanas. «Hotel del Comercio». Todo en regla.

—Diecinueve barriles, ya que estos idiotas estropearon uno, multiplicado por quince galones…

—Estará interesante el periódico, por la mañana, Owen…

—La chica no esperará, en el «Hotel del Comercio», jefe.

—Mejor para ella. No me gusta pensar en lo que podría hacer si la vuelvo a tener delante. Decías tú, que diecinueve por quince, dan un buen fajo de billetes.

—Que se puede llevar cualquier vagabundo, que se siente a refrescar bajo un pino, y le de por remover.

—Venderemos en Madison. Cotizan a diez el litro. Dejándolo a siete nos los arrebatan de las manos.

—¿Quién, jefe?

—Con doce mil, tenemos ya para el camión, un coche, y alquilar un caserón en las afueras de Chicago. Has de comprenderlo, Owen. Lo que delata es el camión ajeno, porque si lo empleamos, nos localizan. Llevando el nuestro, estamos ya camino de la ampliación del negocio. Saber elegir unos tres o cuatro tipos como nosotros…

—Dos han quedado vivos, jefe.

—Achacarán los golpetazos a un superviviente de
O'Connor.
Vete aprendiendo las interioridades del negocio. Toma nota, y medita…

Bajaba ahora el sendero hacia el valle de Madison.

CAPÍTULO X

Los periodistas preguntaban, y los reporteros gráficos sacaban truculentas fotos. Las rotativas de Madison esperaban para volver a funcionar, en amplia: «ULTIMA HORA».

La policía rural se había limitado a formar dos barreras. Una impidiendo el tránsito a los que procedieran del sur y otra a los del norte.

Pero no eran horas de tránsito, por la carretera de curvas peligrosas.

Los periodistas acudieron en cortejo a la sección de la Brigada de Homicidios de Madison. Una identificación laboriosa, que por la matrícula del «Chevrolet», hizo que a las cuatro de la madrugada, la línea telefónica especial con Chicago funcionara constantemente.

La primera deducción era la que se publicó: unos «racketeers» procedentes de Chicago, atacaron a los contrabandistas del «gang» de Tim
O'Connor.

El camión de los «racketeers» se había despeñado, y contestaban con incoherencias los dos únicos que fueron hallados con vida.

Uno de ellos estaba, excusado de sus vaguedades, porque tenía una conmoción cerebral. El otro, más resistente, se encerraba en negativas constantes.

Admitió llamarse Rudi Lamberto, porque en su camisa de seda, llevaba bordados los dos nombres, y una firma caprichosa.

Admitió que el «Chevrolet» era propiedad de Dado Sforza. Pero juraba que estaba paseando con cuatro amigos suyos, cuando repentinamente fueron atacados.

Tenían que defenderse, ¿no? Un impaciente policía de Madison le sacudió la cabeza, cogiéndole de los cabellos.

Rudi Lamberto, antes de fingir un oportuno desmayo, advirtió:

—Dado Sforza tiene amigos en el Congreso. Ha hecho destituir a algunos que aplicaban el tercer grado… No me toque, que estoy malherido. Un poco de civismo…

* * *

El «Hotel del Comercio» estaba al término de una de las avenidas muy regulares que en paralelas ocupan los dos kilómetros de ancho de la franja sólida de Madison, la ciudad más matemáticamente concebida, entre dos lagos donde aun navegan piraguas indias.

Un conserje malhumorado, porque aun no sentía el calorcillo del desayuno, llamó a una camarera, también adormilada.

—Habitaciones 14 y 16. Acompañe a los señores.

Firmó primero Minnix, y después Kring.

En las dos habitaciones comunicantes, Owen Minnix empezó a desnudarse, ansiando hundirse en las blanduras del sueño, sin importarle la calidad del colchón.

Donny Kring comunicó con conserjería, preguntando si el día anterior se había inscrito en el hotel una señorita llamada Dorothy Wilson.

Estaba seguro de que la respuesta sería negativa, como lo fue, complementada por la información:

—Ninguna señorita se ha inscrito desde hace más de siete fechas en este hotel.

Se durmió porque físicamente estaba al borde del agotamiento. No quería pensar en su reacción cuando se viera de nuevo ante Dorothy Wilson.

* * *

—Atengámonos a los hechos evidentes, mi querido amigo —objetó, con displicencia, el abogado—. Mis dos patrocinados fueron hallados sin sentido, sin armas, y evidentemente víctimas de un feroz atentado. El «*habeas corpus*» que presento está en toda regla.

El comisario suspiró con enojo reprimido.

Su ayudante, menos diplomático, manifestó:

—El camión apestaba a «*whisky*»…

—Yo puedo oler a gasolina, sin ser un coche, mi buen señor —replicó altanero el abogado.

—¡La banda de Tim
O'Connor
transportaba alcohol, y fué atacada por los pistoleros de Dado!

—Mi buen señor, lo que usted pueda imaginar, y la realidad evidente demostrada, son dos cosas opuestas. He entregado el «*habeas corpus*», y han de ser puestos inmediatamente en libertad mis patrocinados Rudi Lamberto y Albert Guscio. ¿Les encontraron armas?

—Las había en torno.

—Puedo entrar en una armería, y estar rodeado de arsenales, sin por ello incurrir en sus iras, señor ayudante.

El comisario se encogió de hombros.

—No discuta más, Adams. Entregue a los ciudadanos honorables y víctimas de un asalto, a este caballero. Previo pago de la fianza de cinco mil.

* * *

Llovía intensamente, y Owen Minnix terminaba de vestirse, cuando se le ocurrió un comentario:

—Esto nos favorece, jefe. La lluvia alisará los hierbajos sobre los toneles, y no nos robará el botín cualquier vagabundo. Pero el fusil…

—Lo envolví en un trozo de lona. Hay que tratar con mimo las herramientas de trabajo, pelanas. Vamos.

—Hemos, dormido a fondo, y nos sentó. Vaya nochecita, jefe. No cabe duda que cualquier patrón de tasca, nos pagará a precio de oro, lo que nos costó plomo. Y lo irá a desenterrar.

—Con precauciones. Tendrá que llevar el dinero en efectivo, tú te camuflarás, vigilando, por si se les ocurriera querer quedarse con el licor gratuitamente.

—¡Faltaría más! Oiga, se me ocurre… El patrón traerá los doce billetes… Podríamos dar un golpe. Le quitamos los billetes, y vendemos a otro.

—Estaríamos descalificados. Hay que tener honradez en este trámite. No es lo mismo quitar el alijo a tipos como nosotros, que desvalijar a un comprador. De todos modos, cenaremos en el tren hacía Chicago.

—Oiga… Pero ¿no vamos a vender primero?

—La operación no puede pagarse con cheque, sino en billete palpable. Tendrán que sacarlo del Banco, o sea mañana por la mañana. Y al atardecer, acudirá el comprador con su camión, y dos tipos más.

—¿Ya vendió, jefe?

—Mientras terminabas de hartarte de sueño, salí. No fué difícil. Le dije al patrón del *cabaret* «Pocahontas», que pasando por casualidad, tú y yo encontramos dos camiones y un coche, cuyos ocupantes se tiroteaban a gusto. Que cuando quedaron secos, trasladamos el licor. Me ofrecía, diez mil, y le pedí quince. Lo dejamos en doce y medio. Y ahora, vamos a Chicago. Tengo que salir de dudas.

—¿Por Dorothy? Está más que claro, jefe. No ha venido, como quedó usted con ella. Más claro, agua limpia. Se va a llevar el susto padre, cuando le vea asomar, jefe. ¿Se la carga usted, o le barreno la sien yo?

—Tú quieto.

—Le traicionó de mal modo. ¿Conque iba a ir solito Jack Shanon desde Green Bay a Watetown, eh? Y aparecieron más fulanos que en un congreso de ganaderos.

—A veces, callándote, estás precioso, pelanas.

—Cierro la espita, jefe. Echaré otro sueñecito hasta que lleguemos. ¿Echarán buen pienso en el restorán del tren?

—Rebuzna, y te pondrán el pesebre a modo.

—Oiga, no es meterme en sus asuntos, pero no se lo tome a pecho, jefe. Por una perdida, diez que asoman esperando. Es como el tranvía, ¿sabe? Se pierde uno, pero por los mismos rieles vienen a montones… Bueno, jefe, ya me callo. Palabra. Me callo.

* * *

En su piso, Dorothy Wilson fumaba nerviosamente, con impaciencia. Acababa de retirarse, uno a la cocina, el otro al

pasillo, los dos pistoleros selectos de Pat Flaherty.

Pat Flaherty especificó:

—Han tomado el tren de las cinco, y estarán al llegar. No te equivoques, perra. Avísales y con la misma señal que les avises, daré yo la que hará saldar los sesos de tu amiguita Clara.

—Clara… no debe pagar. Ella precisamente avisó a Tim.

—De acuerdo, pero tengo que averiguar cómo entraron en contacto los de Dado y tu amorcito. Porque ya lo has leído. Los de Dado atacaron. ¿Quién les avisó? Está clarísimo. Tu amorcito.

—Donny es incapaz de…

Se calló ella, porque Pat Flaherty amagó un revés, y tenía la sangre vehemente. Si empezaba a pegar, necesitaba ya desfogarse.

La miró amenazador. Era truculento sin esforzarse:

—Yo protegía a Tim, y el licor me pertenece, ahora que ellos fueron tan cobardes, que se lo dejaron quitar. Y recuérdalo… Si no haces lo que te he dicho, le salta la sesera a Clara. Y después la tuya. Conque a sonsacar a tu amorcito…

—Pensará que he sido yo quien le dijo a Tim…

—Con la verdad, le convencerás. Y comprenderá que Clara quiso ganarse el licor diario, haciendo un favor a Tim.

—Si viene aquí, le extrañará que yo no haya ido a Madison.

—Como no le puedes explicar que os tenemos vigiladas, desde que os ibais a tomar el tren para Madison, dile que Clara está enfermita… Ponte tierna, y ojo. No me interesa cargármelo, sino saber dónde se confabuló con Dado y dónde escondió el licor. ¿Está claro?

Sonó el timbre, y Pat Flaherty señaló la puerta, mientras abandonaba el salón.

Dorothy Wilson se arregló el cabello en gesto maquinal. Fué a abrir, cuando la mirilla le permitió ver que era Donny Kring…

Retrocedió ella, presurosa.

Owen Minnix cerró, y se cruzó de brazos, aplicando las espaldas contra la puerta. Su rostro demostraba inmenso desprecio.

Hacer sufrir a su jefe… Imperdonable. Merecía mil tiros de gracia, aquella maldita traidora.

Donny Kring avanzó, fingiendo calma. Apoyó las dos manos sobre un respaldo.

Ella advirtió precipitadamente:

—Cuidado con lo que vas a decir, Donny. Te equivocarías.

—¿Y cómo sabes que voy a decir algo equivocado, mi vida?

—¡Yo no fui! Myrna me engañó a conciencia, porque estaba ya aleccionada por Tim. La pobre Clara… es una irresponsable. Ella quería asegurarse bebida… Nos oyó, cuando suponíamos que estaba durmiendo. Fué a contárselo a Tim. Y éste preparó la trampa para mataros a los dos.

—Carece mentira lo bien que mientes.

—No miento.

—Entonces, ¿por qué tienes estos ojos de susto?

—Temo que me juzgues mal, Donny. Es como te digo; lo juro.

—¿Por qué no fuiste a contarme todo eso a Madison?

—Clara se puso enferma.

—¿Y tú no?

—¿Qué quieres decir?

—Suponiendo que Clara fuera a contarle todo a Tim, éste quedó enterado de que tú nos facilitabas el negocio; ¿cómo estás viva aún? ¿Es que Tim te iba a dejar tranquila?

—No salí del piso, y él tenía que ir a Green Bay.

—¿Y Clara te contó que había ido a chivarse?

—Sí; la pobre es una irresponsable. Necesita la bebida, como otros necesitan comer, para vivir. Creyó que contándole a Tim lo que había oído…

Sin volverse, Donny Kring interrogó:

—La estás oyendo, pelanas. ¿Qué opinas?

—A mí que me registren, jefe. De todos modos, puede que esté diciendo la verdad. Es inteligente esta chica. No nos iba a preparar una trampa tan floja, y… estar esperando aquí, después de leer la prensa, que viene buena…

Donny Kring se palpó la mejilla. Rezongó:

—Se me ha vuelto a irritar la sangre. ¿Dónde está Clara?

—En la clínica. ¿Quieres… que te prepare comida, Donny?

—No. Cuando hable yo con Clara, sabré si puedo fiar de ti. No pienso hacerle nada a ella. Total, es una desgraciada, pero si tú… si me has engañado, vas a terminar mal, Dora. Es como sí yo que confío de lleno en este pelanas, averiguara que me ha jugado una mala…

—¡Hombre, jefe! Yo antes me dejaría matar que… ¡Parece

mentira, hombre, que me compare así!

—Era un modo de comparar, Owen. Quería decir que aquí todos van a engañarse, y uno, está prevenido. Pero si le engaña a uno, la persona a quien se le coge afecto, esto… duele.

—Tú me engañaste, Donny.

—¿Yo? ¡Caray! ¿Qué clase de mujer eres, que me hablas de engaños a mí?

—Dijiste que trabajarías sólo con Owen, y te aliaste con los de Dado. La prensa no os menciona a los dos, porque no saben como yo…

Donny Kring adelantó una mano, y asió los cabellos de Dorothy. No sacudió, sino que la obligó a adelantar la cara…

Silabeó:

—Ya de aviso, mi vida. Nunca más en lo que me quede de resuello, me hables de engaño a mí. Podré engañar a todos, menos a tres personas: a mí, al pelanas, y a ti. Si te dije que iba a ir solo con Owen, fué porque fui solo con Owen. Los de Dado Sforza esperaban y habían escogido un sitio más adelantado. Cuando empezaron a entrar en función, tuvimos que correr…

Soltó Kring los cabellos, y empujó. Pero no llegó a terminar la acción. Tuvo que alzar lentamente los brazos…

Por la puerta de la cocina, y la del pasillo, aparecieron a la vez tres hombres.

Los tres encañonaban las pistolas provistas de silenciador. Y el que iba delante, afirmó:

—A fe de Pat Flaherty, que no habrá muertos, si os estáis como tales.

Contra la puerta, Owen Minnix alzó también los brazos. Dijo ceñudo:

—Nos pescaron, jefe. Será la última vez que me cruce yo de brazos en casa de mujeres tramposas…

Capítulo XI

Dorothy Wilson se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos. Murmuró:

—Nos tenían en rehén, Donny. Por eso no fui a Madison. Me dijo Flaherty que mataría a Clara, si yo…

Pat Flaherty pegó el revés, que restalló contra las manos femeninas.

Se abalanzó un pistolero, hincando el largo tubo silenciador en el costado de Donny Kring.

Éste retrocedió un paso, de nuevo abiertas las manos a altura de las sienes.

Pat Flaherty sonrió:

—¿Agresivo el pecoso? Y enamorado como un colegial. Quítale el arma al moreno, Terry.

Avanzó el pistolero que permanecía a un lado, y Owen Minnix agachó la frente, siempre encorvados los brazos.

Hacía cálculos de balística. Dar cabezazo al que se aproximaba no era nada difícil, pero disparar después…

En la trayectoria se interponía Donny Kring… Una espalda ancha, que protegía al que frente él, sonreía aviesamente.

Y el otro al costado, hincándole arma…

Se resignó. Pero cuando ya estaba a su lado el irlandés Terry, describió un giro de bailarín con malas intenciones.

Acababa de ver cómo Kring empleaba a la vez puños y pies, actuando en doble ataque. La bala que disparó el pistolero que le acosaba, fue a clavarse en la pared, pues éste tuvo que encogerse al recoger el alevoso patadón; simultáneamente, Donny Kring alzaba el brazo derecho de Flaherty…

Owen Minnix tenía asido desde atrás el cuello de Terry. Daba

rodillazos en la columna dorsal, y forcejeaba para apoderarse de la pistola.

No podía ver que Pat Flaherty había logrado desasirse, y asestaba un culatazo de arriba abajo…

Owen Minnix cesó en su pugna, porque su brazo izquierdo había medio estrangulado a Terry, que fláccido al quedarse sin el apoyo del antebrazo y los rodillazos, se desplomó de frente.

Donny Kring recibía el segundo culatazo, esta vez procedente del pistolero sorprendido por el patadón.

Y Pat Flaherty iba a asestar el definitivo, que inmovilizara, pero no hiciera perder el secreto del escondrijo del alcohol robado, cuando se mantuvo un instante como definitivamente sorprendido.

Sobre su cabeza había saltado en múltiples pedazos un jarrón de porcelana. La base no se había roto, y era, la que había chocado contra la coronilla.



¡Se nos echan encima!

La esgrimió convulsa, enfebrecida, Dorothy Wilson, pero ya Donny Kring, aunque tambaleándose, no necesitaba la ayuda de ella.

Owen Minnix había saltado como un oso colérico sobre la espalda del pistolero, y reiteraba con más contundencia su llave favorita.

Antebrazo izquierdo al cuello, estirón hacia atrás, rodillazos en los riñones, y forcejeo asiendo la mano derecha, hacia arriba, un modo de que los disparos, si los había, taladrasen el techo.

Le ayudó levemente Kring.

Se limitó a hundir alternativamente su puño derecho y el izquierdo en el estómago del que, arqueado hacia atrás, ofrecía un blanco demasiado tentador.

Dorothy Wilson corría ya, de regreso, llevando una toalla empapada.

Donny Kring se alivió al restañarse la sangre de la mejilla y frente. Tuvo que sentarse.

Owen Minnix hacía cosecha.

Vaciaba los bolsillos de los tres yacentes. Un rollo de billetes sujetos con goma, era la cartera de dos de los pistoleros. Pat Flaherty más fino, usaba billetero.

Reunió las tres armas y su tubo silenciador sobre la mesita. Dorothy Wilson daba ahora masajes en la nuca del pecoso.

—Compréndelo, Donny… Iban a matar a Clara…

—Nada se perdía, caray. Un poco más, y nos matan a todos. Vaya sensibilidad, también… Para evitar que muera una, íbamos todos a pringar.

—Pero, ya me crees, ya me crees, ¿verdad?

—Trae algo que sirva para taponar estas brechas. Has estado listo, pelanas. Y Dora también. Le dió a modo a éste… ¿Ves tú, Owen? Nos buscan compromisos. ¿Qué hacemos ahora con este terceto?

—Si no les quitamos las ganas, volverán a importunar, jefe. Déjeme que les barrene como marca la tabla, son tres asesinos de lo peorcito, créame, jefe.

Volvía Dorothy Wilson, con alcohol de quemar, algodón y cinta adhesiva. Dijo sin dureza:

—Voy a tutearte, como amiga tuya, Owen. Si estos tres son asesinos, ¿qué serías tú, matándolos a sangre fría?

Meditó un instante Minnix. Proclamó triunfalmente:

—¡Legítima defensa! ¿Verdad, jefe? Los mato para que no me maten. Lo escuché en un juicio, y el abogado sacó absuelto al de la legítima defensa.

—No dejes que Owen se pierda, Donny. Sin armas, estos tres se

irán cuando se recobren. Y será mejor así… Otra vez, sabrán que si intentan algo… les dispararéis.

Donny Kring, mirándose a un espejo, iba taponándose con algodón la mejilla y la frente. Rezongó:

—Por mí, que se pudran. Haz lo que dice Dora, pelanas. Una cosa es balear cuando balean, y otra… de este modo.

—Quieto, tú, Terry —aconsejó Owen Minnix.

Su pie derribó de nuevo al que medio inconsciente, gateaba. Se arrodilló junto a Pat Flaherty. Dijo:

—Uno menos, jefe. Era más dura la piedra que la cabeza. Suele pasar.

Dorothy Wilson miró aterrorizada hacia el suelo. Susurró:

—Lo he matado…

—En mi legítima defensa —arguyó Kring, acabando de adherirse la cruz de esparadrapo en la mejilla.

—Tengo… tengo que avisar al comisario Muller.

—¿Eh? ¿Avisar a quién, dijiste?

—El comisario Muller no me perdonaría si ocultase esto… Yo he matado, pero explicaré cómo sucedió. Desde ayer dos hombres de Flaherty, nos tenían aquí, como rehén. Y…

—Ni hablar. Con lo aficionados que son para preguntar estos comisarios, íbamos a terminar entre rejas. Ni hablar, Dora.

—Yo convenceré a Clara. No tendrá por qué citaros a los dos. Mentiremos, diciendo que Flaherty os creía complicados, pero que no era así. La lucha… y maté. Pero no puedo convertirme en una fugitiva, acusada de asesinato.

—¿Quién lo va a saber? ¿Por qué lloras, chiquilla? Éstos nos hubieran matado…

Owen Minnix se desentendió de la discusión. Pasó a la cocina.

Atada a una silla, Clara Graham pestañeó…

Owen Minnix fué a remojarse la cara bajo el grifo. Cogió un delantal para secarse. Lo tiró hecho un amasijo contra la que atada en la silla, vagos los ojos, se mordió los labios…

—¡Mírala! —se invitó a sí mismo Minnix—. La proteges, le das biberón, y después va a chivarse. Un asco… Tienes suerte que tengo jefe, y mientras no me lo mande, tengo que aguantarme. Te iba yo a dejar barrenada por mala mujer… Tu amiga te llama irresponsable. ¡Estaríamos listos!

Alzando la voz, especificó Minnix:

—Aquí está la desagradecida ésa, jefe. ¿Qué va a pasar con ella? ¿También hay que darle una estampita y soltarla?

Apareció Donny Kring, seguido por Dorothy que pasó tras la silla, empezando a desanudar. Las cuerdas habían trazado surcos rojos en brazos y piernas…

—Ata a los dos mostrencos ésos. Ya a venir el comisario Muller. Te explicaré luego, pelanas. ¡Ata a los dos mostrencos!

Owen Minnix recogió las cuerdas, y refunfuñando verificó sólidas ligaduras uniendo muñecas y tobillos…

En la cocina quedaron las dos muchachas.

Vino Kring a sentarse, apoyando en su frente y nuca, alternativamente una toalla mojada:

—Vamos a medias en todo, Owen. Por esto le he dicho a Dora, que antes de avisar al comisario Muller, he de llegar a un acuerdo contigo. Atribuyen la desaparición del licor a Dado. Nosotros podemos decir que sí, que pensábamos apropiárnoslo, porque estos dos hablarán, pero que se nos adelantó la gente de Dado. No nos pasará nada. Y evitaremos así que mi chica… Verás, es diferente un homicidio defendiéndose, que ocultar el jarronazo. Iría ella a presidio. Pero tú tienes la palabra, Owen.

—Yo, por mí, volando lejos. Y ocultando a estos tres en cualquier cloaca. Sería lo firme. Pero, usted manda.

—No. Se trata de algo distinto… Dora es la hija de «Dedos de Seda»… Lo mataron cuando acababa de atracar. Baleó al comisario Muller, que parece que es un tipo decente. Alguna vez que le han ido las cosas mal a mi chica, Muller le ha prestado dinero. La trata como una especie de padre. ¿Te das cuenta? La chica no quiere engañar a Muller. Es cuestión de eso que llaman moral… Y tampoco a mí me haría maldita la gracia que mi chica fuera a presidio, por defender mi piel.

—Puesto así, la cosa cambia, jefe. Haga lo mejor para sacar del apuro a su chica. Pero verá como luego nos vemos en apuros, usted y yo.

—No, porque Muller afirma que si los lobos se muerden entre sí, menos bocados a los corderos.

—Pero perdemos fajito.

Owen Minnix sacó de sus bolsillos los dos fajos a los que había

unido los billetes sacados de la cartera de Flaherty.

—El sacrificio no ha de llegar hasta tanto, pelanas. Ponles un par de billetes a cada uno en el bolsillo. Como son unos embusteros, no les creerán, si protestan.

—Está usted en todas, jefe.

Venía Dorothy Wilson.

—Clara acepta. Dice que en el fondo, sois buenos, porque otros la hubieran matado. Llamo al comisario Muller, Donny. Traed vuestras pistolas, y las esconderé. Vosotros no estuvisteis por allá, sino que esperabais escondidos, y visteis pasar motoristas. Os fuisteis, cansados. Dormisteis en Madison, y cuando entrasteis, todo lo que pasó, tal como pasó.

—Venga, y terminemos cuanto antes con este mal trago. ¡Un comisario! Y se pondrá tonto, verás, pelanas. Pero tú calladito. Hay que ser pacientes con esta gente. Calladito, ¿eh?

Reincorporándose, asintió Minnix. Dijo:

—Tenemos en caja, mil trescientos bien ganados, jefe. La cosa pudo ser peor… Bueno, a esperar ese preguntón de comisario Muller.

CAPÍTULO XII

Bruno Muller escuchó sin comentarios, mientras dos agentes, quitando las cuerdas, las sustituían por esposas, y un camillero extendía la lona, para recoger el cuerpo de Flaherty.

Seguía explicando Dorothy Wilson, y se llevaron sucesivamente a los otros dos pistoleros. Para nada aludirían a «licor». Como en casos idénticos, decían que obedecían órdenes… No sabían nunca nada. Era el mejor sistema para obtener una condena mínima.

Donny Kring y Owen Minnix permanecían en un rincón, esperando.

Terminó Dorothy su explicación, y Clara Graham reiteró las mismas declaraciones. Mostraba sus brazos y piernas…

Bruno Muller dijo:

—Vaya con mis hombres, Clara. Para dar por escrito cuanto acaba de explicar. Vaya… No la interrogarán. Acompañe a la señorita Graham, Parkington. Haga el atestado de acuerdo con sus notas taquigráficas.

Marchó el ayudante, acompañando a Clara Graham.

Entonces pareció Muller reparar en Donny Kring.

—¿Tiene la bondad de acercar su silla, Kring?

—Sin bondad, comisario.

—Me había formado otro concepto de usted, Kring. Celebro que no aconsejara mal a Dora. Cuanto he oído sirve para terminar el atestado, inculpando a Flaherty. La legítima defensa exculpa a Dora… Y los otros dos irlandeses, dirán lo de siempre. No saben nada de nada. Cuando les hablemos de «*whisky*», motivo por el que vinieron aquí, pondrán cara de virtudes ofendidas, y hasta preguntarán que clase de animal se llama «*whisky*». ¿Le hace gracia, Minnix?

—Hombre, verá, ha estado usted chistoso.

—Celebro parecérselo, Minnix. No lo soy de costumbre. Puede que también le cuente un chiste cuando le acompañe a la silla eléctrica. Sí… Ha escogido el peor camino, Kring. Y podría evitarse un mal fin. Tiene una mujer enamorada, que es buena, que desea tener un hogar, un marido…

—No tengo una lata, comisario. Debo ganar dinero.

—En la policía, estamos admitiendo hombres decididos. Caen muchos, y…

—Y caen por cuatro centavos, comisario.

—Pero tienen derecho a un hogar y a respeto. Bien, no he venido a sermonear. Flaherty pensaba que usted se había aliado con la gente de Sforza para atacar el camión de O'Connor. Clara explicó a Tim que ustedes dos pensaban atacar el camión… Encontraron a Lamberto y a Guscio, sin sentido. No había rastro de barriles, salvo uno roto, y empapando la madera… La teoría deductiva es doble. El camión se despeño con los barriles, y escapó Dado Sforza… o alguien se llevó los barriles. Posiblemente, Dado Sforza. Tiene coartadas firmes, como siempre. ¿Puede decirme algo, Kring?

—Pregunte.

—¿Fué usted con Minnix a intentar asaltar el camión?

—Sí, señor.

—Vaya… Tiene usted más nobleza que los que pretende imitar. ¿Dónde esperaba el paso del camión?

—En la pendiente, hacia el puente de Watetown. Vi salir motoristas a toda prisa, un coche trabajando de sirena, y le dije a éste: «Muchacho, algo ha pasado. Hemos perdido la noche».

—Ya. Puede que sea verdad. Hay una denuncia contra usted. La presentó O'Connor. Parece que le quitó usted una pistola «Luger», y una cartera conteniendo trescientos dólares.

—Tim O'Connor ha muerto. No me gusta llamar mentirosos a los que no pueden carearse conmigo.

—Eso es. No puede carearse. Bien, Dora… No te ausentes, hasta que quede terminado el atestado. Y lo siento. Estás enamorada de un hombre que tendrá su lado bueno, pero que ha elegido una ruta llena de curvas… Como la del contrabando. Curvas de muerte. Buenas noches, Dora.

Llegaba ya Muller a la puerta, cuando giró sobre sus tacones. Miró a los dos…

—Me temo que no les pareceré chistoso la próxima vez que nos veamos. Hasta la vista.

—Siga bien, comisario.

Dorothy Wilson anunció, yendo hacia la cocina:

—Os prepararé algo para cenar. Clara no volverá.

—¿Por qué?

—La llevan al «Lexington».

—¿Eso, qué es?

—Una clínica de curación de alcoholizados.

—Mejor para ella. Nos vamos a dar una vuelta, Dora. No tardaremos.

—Voy con vosotros.

—No. Cierra ventanas y puertas, y abre tan sólo cuando estemos de regreso.

En la calle, caminando, dijo Kring:

—Tal vez será mejor que la deje a ella. Es buena. Lo que hace es por mí.

—Pues no la deje. Ella le quiere, y a otra cosa. Cuando se encuentra una chica así, no hay que soltarla. ¿A dónde vamos, jefe?

—A Telégrafos.

—¿Un telegrama al que ha de soltar los doce grandes y medio?

—A un judío del Bronx.

—¡Eso es! Al del anillo.

Entregó Minnix el rollo de billetes. Apartó cuatro Kring. Tendió dos.

—Cuentas arregladas, pelanas. Y mañana, tendremos para comprar coche, camión, alquilar garaje y ver venir un buen negocio. Estamos ya bien lanzados. La buena estrella.

El telegrama acompañando el giro de novecientos a nombre de Abraham Levinson, decía:

«Remita urgente anillo. *Stop*. Puede que haya boda. Donny».

Daba por dirección de envío la de Dorothy Wilson.

CAPÍTULO XIII

Era guapo el hombre que les interceptó el paso cuando salían de la Estafeta. No muy alto, pero de elegantes modales. Ropa bien cortada. Ojos soñadores, negros. Cabello negrísimo.

La bufanda blanca de seda, en contraste con el abrigo negro. Había un coche esperando. Al volante un hombre con la gorra hundida hasta las orejas, cubriendo así el vendaje.

—Buenas noches, Donny Kring. También a usted, Owen Minnix.

—¿Conoces a este *dandy*, pelanas?

—Ni idea. ¿Qué le pasa caballerete?

—Me llamo Sforza. Dado Sforza. Puede que hayan oído hablar de mí —sonrió cariñosamente. Le destellaban los grandes ojos.

—Me suena, ¿verdad, Owen? Adiós, y tanto gusto, Sforza.

—No se vayan, por favor. Perjudicarían a Dora. ¡No, Donny! Sería contraproducente que no me quitara la garra de la bufanda. Es seda pura, y se mancha pronto… En plena calle, alborotar no conduce a nada. Dejemos que el coche espere. Dentro están Lamberto y Guscio, dos muchachos descontentos, que quieren reparar su error. ¿Les apetece una copa? En este bar, nos servirán bien.

—La calle es de todos. Desembuche, Sforza.

Dado Sforza señaló hacia el coche.

—Les esperaré aquí, y mientras pueden comprobar que Dora está ausente. Me extrañó que Flaherty concediera tanta importancia al pisito de dos coristas. Envié a uno de mis sagaces escuchas. Les felicito. Despachar a Flaherty es aminorar la competencia. Flaherty buscaba el licor, creyendo que yo lo tenía. Y no lo tengo. ¿Se da cuenta de la injusticia? Murieron tres de mis muchachos: Guido Parker, Lorenzo y William. ¿Y por qué murieron? Por un miserable

líquido…

—Murieron también, según la Prensa, Tim O'Connor y sus tres camioneros.

—Sí, uno de ellos, Jack Shanon dejó viuda a Myrna. Una mujercita desamparada, que vino a pedirme protección. Bueno, en realidad, fueron a buscarla de mi parte. Y me habló de usted, Donny, y de Dorothy Wilson. Interesantísimo…

—¡Este meloso me da fatigas, jefe!

Dado Sforza miró con sus acariciantes ojos a Minnix, qué agachada, la frente, se disponía a «alborotar».

El antebrazo izquierdo de Kring atajó el avance de Minnix…

—Una charla amistosa, en la calle, ultimando un negocio. Hombres como usted, Donny, fracasarían solos, aunque valgan mucho. Conmigo llegaría lejos. Tengo buenas amistades. Vea… Aquél es Berto Guscio. Libre. Al interior, Rudi Lamberto. Libre.

—Abrevie. ¿Qué ha hecho con Dora?

—Apenas salieron ustedes, por la ventana entró mi escucha. Telefoneó, y les fuimos siguiendo, mientras él, trasladaba a sitio más seguro a su novia, Donny. Sin daño ni perjuicio… a menos que perdiera usted el tino.

—¿Ha oído hablar del comisario Muller?

—Un excelente policía. Valiente, insobornable, anticuado.

—Le voy a contar esta entrevista.

—Hágalo sin reparos. Dora está en mi casa. Podemos ir a verla, si quiere. Está convencida de una cosa. Que usted morirá, irremisiblemente, si no enmienda su grave error inicial, Donny.

—Tan suave habla, que me enternece, Dado. ¿Puedo enviar a mi segundo a ver cómo está Dora? Yo me quedo con usted.

—Podemos ir todos.

—Prefiero estar así, teniéndole a tiro.

—¿Se olvida que Dona le escondió la pistola, Donny? ¡No, no vuelva a sentirse agresivo, Donny! Le balearían desde el coche, y después… la inocente Dora vería crecer las lechugas desde las raíces. Nos está mirando aquel guardia. Llámele si quiere.

—Sube al coche, Owen. Delante, con el chofer. Yo puedo ir con usted atrás, Dado. Estaremos más cómodos. Yo tengo el licor. Usted tiene a mi chica. Hagamos el trato, decentemente.

—Así se habla, Donny. Y hasta después, ¿quién sabe? Yo admiro a los hombres listos y con temple. Convenza a su lugarteniente de que no hay violencias entre nosotros, sino un trato incipiente. En el fondo, le estoy agradecido, Donny. Habrían pescado a mis muchachos, con la carga. Los vieron tendidos, sin armas.

—Se las quité yo, por si pensaban despertarse, disparando —dijo Owen Minnix—. ¿Qué hago, jefe?

—Verás a Dora, y si está ilesa, sabré así que Dado Sforza cumple lo que promete.

—Bien hablado, Donny. Usted primero, por favor.

Owen Minnix se instaló de perfil en el asiento delantero, junto a Berto Guscio, que evitó minarle.

Rudi Lamberto fué más florentino:

—Celebro verte la cara, Donny. Esta madrugada sólo te sentí.

Ocupó Kring un «strapontin», también de perfil.

Dado Sforza, sentándose, ordenó:

—A mi casa, Berto. Como le decía, Donny, podemos llegar a un acuerdo. El licor es mío, ya que murió O'Connor, y ha muerto Flaherty. Usted lo malvendería. Tendría que cederlo a revendedor. Yo lo vendo directamente al consumidor. En mi local.

—La carga, le vale a usted unos treinta mil.

—Seamos más exactos. Usted lo vendería a diez el litro, si encuentra vendedor. Yo lo vendo a veinte por frasco. Tres frascos dan el litro. El licor que traía O'Connor era de primera. Le ahorraré el cálculo, Donny. Unos setenta mil. Comprenderá que si Dora para usted vale más de los diez billetes que iba a sacar, con muchos riesgos, para mí vale setenta billetes. Deme el licor, y recibirá intacta a Dora.

—¿Qué garantías tengo?

—La palabra de Dado Sforza es oro de ley —sonrió Sforza.

Owen Minnix, en el asiento delantero, recuperó su buen humor.

Acababa de recordar un fusil ametrallador envuelto en lona, sobre unos barriles. Y se lo hacía recordar lo que estaba diciendo Donny Kring:

—Tengo los barriles bien escondidos, ¿verdad, Owen? Con su lona y todo… No se han mojado.

—Me agrada su aceptación de las realidades, Donny. Podríamos ir directamente al escondite. Verlo, y bastaría. Regresábamos, y asunto terminado.

—Juego al póker, y usted no, echa farol, Dado. Pero no verá los barriles si no deja libre a Dora.

—Como quiera. Puedes parar, Berto. Los invitados se apean. No aprietes tanto la culata, Rudi. Estos muchachos no quieren morir ni perder sus diez billetes. Prefiere encontrar a otra chica, el listo Donny Kring.

—¡Vamos ya! Carretera del Norte, hacia Wausan. Pero Owen baja y sube a ver a Dora.

—Y hasta puede quedarse con ella. Podrá jugar al póker con dos buenos chicos, mis ayudas de cámara. A Dora la vigila la propia Myrna. Se cree Myrna que tiene ella parte de culpa en la muerte de su adorado Jackie. El amor es delicioso, pero resulta contrario a los negocios, en ocasiones. Puede también Owen telefonear al comisario. Cuando visitaran mi casa, no encontrarían a Dora. Y usted… no la vería nunca más, Donny.

—¡Vamos! Quédate, Owen. Hablemos de condiciones, Dado.

—Ya se las he expuesto. Perdió O'Connor, y por un instante yo. Un camión inutilizado, tres hombres muertos, estos dos en malas condiciones… Es justo que pida indemnización.

Donny Kring no se engañaba. Presentía que una vez supiera dónde se hallaban los barriles que valoraba en setenta mil dólares, Dado Sforza eliminaría «pruebas».

Podía parecer cariñoso, pero… era Dado Sforza.

Dijo:

—Pensando un poco, podré presentar un buen arreglo.

—Píense, Donny. El trayecto es largo.

Tenía que aparentar que quería «garantías». Después, al ir apartando ramas, cortezas, hierbajos, tocaría la lona en que iba envuelto el «Thompson», con un peine mediado.

Le sería fácil volverse y atinar. Un coche y no sería difícil rescatar a Dorothy…

Conducía bien Berto Guscio. A su lado, Owen Minnix trataba de pensar en cosas alegres.

—¿Quiere un sorbo, Donny? Dale el frasco, Rudi.

—No, gracias. Le tengo asco al licor.

—Comprendo su estado de ánimo, Donny. Perder la noche, exponerse a que Flaherty le liquidase, y ahora… Pero no es fácil emprender este negocio. Cuesta llegar. Hoy estos diecinueve barriles me representan setenta mil, porque tengo local donde lo vendo al bebedor, y tengo amistades influyentes. He tardado en montar mi negocio, Donny. Y muchos cayeron por el mismo camino. A propósito, antes que se me olvide… ¿Qué hizo usted con el «Thompson» de Rudi? En la relación que la Prensa da de muertos y armas, no figura el «Thompson».

—Despeñé el camión con lo que no eran barriles.

—Ya… A unos trescientos metros de donde hubo el tiroteo. Y desde que avisó el viajante de comercio, hasta que llegó la policía por los dos lados opuestos, no transcurrió mucho tiempo. Conozco la ruta. La hice personalmente, meses y meses. En vano, muchas veces. Ahora es Rudi el que la corre. Estoy imaginando su talento, Donny. Se dio cuenta que el viajante avisaría… Este torpe debió pararle. No lo hizo.

—Escapó tan… —empezaba a decir Lamberto.

Dado Sforza lo atajó, cariñosamente. Con el guante le azotó la boca.

—Silencio, Rudi. Tienes debilidad. La cabeza mal parada. Estamos pensando Donny y yo. Él, engañarme. Yo, en evitarle un desengaño. En menos de treinta minutos, desde la aparición del viajante, al que vieron estos dos, y la aparición de la policía, hora publicada por la Prensa, usted y Minnix esconden diecinueve barriles de quince galones. Lo trasladarían con el camión, descargan y lo despeñan.

—En los bolsillos no nos cabían.

—Magnífico buen humor.

La carretera era ya flanqueada por prados y río. Lejos, las luces de un pueblo…

—Donde despeñaron el camión, hay fosas carboneras, Donny.

—Muchas.

—Pero escogerían la más próxima a la carretera.

Empezó Kring a pensar que tal vez era un «paseo». Los iban a liquidar… Sforza iba haciendo deducciones con sádica complacencia. Una sonrisa amable, pero ojos que desmentían su

entonación amistosa.

Rudi Lamberto había vuelto repetidamente la cabeza.

—Creo que nos sigue un coche, Dado.

—La carretera es de todos.

—Es negro, con estrella en el parabrisas.

—Ah… Los policías, a veces, tienen curiosidad por mis pasos. Acorta la velocidad, Berto. Déjales pasar si van a otro sitio. Recuerde a Dora, Donny.

—Pienso en ella.

El coche aminoró progresivamente su velocidad. Frenó hasta detenerse rozando la cuneta.

El coche seguidor pasó, pero se detuvo delante. Bajaron tres hombres.

El cuarto permaneció en la cuneta.

Dado Sforza murmuró:

—Lo de siempre. Vamos a escoger un coche en Detroit.

Uno de los policías se colocó junto al chofer, pie en el estribo. Otro por el lado de Rudi Lamberto.

Invitó desde la carretera una voz:

—Papeles, por favor.

Bajó Dado Sforza, para decir:

—Buenas noches, comisario Muller. Íbamos a Detroit…

—Conozco el disco. ¿Son técnicos en coches sus dos invitados?

—Quieren trabajar en mi local.

Otro coche negro, con estrella en el parabrisas, vino a frenar tras el guardachoques trasero del ocupado por los pistoleros y sus dos «invitados».

Fuerte en la convicción de sus influencias, dijo Sforza:

—Casi parece una redada, comisario.

—Lo es. Entrégueme su arma, Dado.

—Está cometiendo un error, comisario.

—Así aprendo a no cometer otros.

—¡Entregad, vosotros! Tenéis licencia para el viaje por los Estados… Y estamos en viaje.

Rudi Lamberto y Albert Guscio se apearon. Otras veces, en igual ocasión, no tardaban dos horas en verse libres. Abundaban los «*habeas corpus*».

Bajó Donny Kring. Pensaba en Dorothy Wilson, que «no sería

encontrada»…

—¿Le obligó a subir Sforza? —inquirió Muller.

—No, no… Íbamos de paseo amistoso, comisario.

—Vaya al coche, Sforza. Vosotros dos, al otro.

Los policías habían ya cacheado. También a Kring y Minnix. Parecían atentos a cualquier reacción… Y la hubo.

Dado Sforza pareció recibir una descarga eléctrica cuando dijo Muller:

—Burt Kowalski ha hablado, Sforza. Fué él quien le reveló que Tim O'Connor pasaría anoche…

Dado Sforza juzgó que sus influencias se verían en difícil postura. Saltó, pero sin armas, no era temible para dos policías alertas…

Lo empujaron, esposado, al igual que Lamberto y Guscio.

—Andando. Hagan el careo mientras llego.

La orden de Muller hizo que los dos coches partieran. Señaló él a Minnix el volante del coche de Sforza.

—Conduzca, Minnix. Hacia la ciudad.

Sentado atrás, guardó silencio. En el «traspontín» preguntó Kring, al cabo de unos minutos:

—¿Kowalski?

—Un sargento alcoholizado, que empezaba a sentirse humillado por sus concesiones a O'Connor. Reveló a Sforza que O'Connor traería veinte barriles de excelente «*whisky*» canadiense. Pero Sforza al no tener su licor, cometió un error. Creyó que podía abofetear a Kowalski. Éste se dejó pegar porque había pistolas apuntándole. Después, bebió… y se ha desahogado. Va a la cárcel, pero se curará. El alcohol causa mucho daño, en cantidad. Directos e indirectos.

—Que no beba la gente, o que dejen beber libremente.

—¿Tiene la bondad de decirme dónde escondió el alcohol?

—No escondí nada…

—Le estaban dando el «paseo» ésos. No les gusta tener rivales. Ha enviado usted novecientos dólares y ha pedido un anillo que

mañana recibirá en casa de Dora. ¿Para quién el anillo?

—Puede que para Dora.

El comisario Muller replicó secamente:

—Un poco tarde, Donny Kring. Ya no necesitará anillo Dora Wilson… ¡Quíteme la zarpa de encima, Kring! Así es mejor… El alcohol mata a muchos directa o indirectamente. Ha matado a Dora… Y el asesino es usted… Usted quería alcohol para vender, y Sforza también. Su enviado, fué oído, y Dora cogió la «Luger» escondida… Forcejearon, y la bala se le metió en el costado a ella… Escapó el pistolero de Sforza… Acudió la gente alertada por el disparo sin silenciador… Está ahora muriéndose en la clínica policial, Donny Kring. Una mujer que le amaba, Donny Kring. Y… muere por diecinueve barriles de alcohol.

Donny Kring volvió la espalda. Juntó las manos y reclinó en ellas su rostro contra el respaldo.

Owen Minnix dijo roncamente:

—Usted no tiene culpa, jefe. Usted quiso apartarla a ella… ¡Hablo yo un poco, comisario! Mi jefe, cuando íbamos a por el anillo, me dijo que aun queriendo a Dora, la iba a dejar, porque la perjudicaba. ¡No debe, pues, decirle a mi jefe que él mató a su chica! No es justo, comisario. Podemos ser unos granujas, pero mi jefe tiene un cacho de alma muy grande, para que se entere. ¿Va a resucitar ella, si le amarga usted el alma a mi jefe?

—Déjalo, pelanas. Tiene razón el comisario. No debí yo… ¡Dale a fondo, pelanas! ¡Quiero verla!

—Clínica policial de Fullerton, esquina Humboldt Park —especificó Muller.

Donny Kring volvió a recuperarse. Miró al comisario:

—Algún día saldrá Sforza… Y tome nota. Lo mataré. A él, y cuantos se le parezcan. Sin placa ni licencia. No le eche a otro la culpa, cuando aparezca cribado Dado Sforza. Venga por mí.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y qué, muchacho?

—¡Su maldito alcohol está en la fosa carbonera de la curva octava de Portage a Wausan! ¡Para usted!

—Y verías a Lamberto y a Guscio disparar…

—¡Sí! Banda de asesinos, que matan a una mujer, que aterrorizan a una alcoholizada, que… ¡Eso no son hombres, no lo son!

—Y así serías si continúas tú, muchacho. Para hombres de fondo sano como tú y éste, hay tierras de fortuna: Canadá.

—No quiero sermones. Esperaré a que salga Sforza de la sombra.

—Tardará unos años. Lo que ha declarado Kowalski, y la matanza de esta noche…

Chirriaron los frenos, al tomar una curva pronunciada en el Humboldt Park. Recuperó Minnix el dominio del volante, y detuvo el coche ante la verja de blancos remates.

Minutos después, un médico informaba a Muller:

—La operación ha sido delicada, comisario. Lo lamento, pero no amanecerá para Dorothy Wilson.

Donny Kring apretó su garganta. Murmuró:

—Quiero verla, comisario.

—No ha salido, aun de la anestesia. Pero… si usted se llama Donny Kring, puede verla. Ella lo llamaba… Y cuando despierte, si despierta… ya todo dará lo mismo…

Owen Minnix paseó por la sala de blancas paredes. De vez en cuando tocaba un hombro del que sentado, parecía alelado, fija la vista en la yacente inmóvil.

Era lívido el recuadro de ventanas, anunciando el cercano amanecer, cuando Dora Wilson abrió los ojos.

Sus labios esbozaron una mueca dolorida. Contra su mano, una voz enronquecida, habló:

—Todo en regla, Dora. Cuando te pongas bien, nos vamos al Canadá. Lo he prometido al comisario Muller. Palabra que sí. ¿Verdad, pelanas?

—¡Vaya que sí! Hay serrerías, pieles, yo qué sé… El jefe está en todo, muchacha.

—Viene de camino un anillo… Era el de mi vieja: Va a ser tuyo. Claro que, para eso, todavía no te he pedido… Te aviso que estoy, pero decidido a ser un mando de los de oro de ley, como el anillo que está de camino… ¿Te duele, Dora?

—Ya no.

Tuvo él que aproximar la cara, para oírla. Era un susurro agónico.

—Nos iremos lejos, Donny, los tres. Amor y amistad… Ésta es la riqueza verdadera, que no he encontrado, hasta que apareciste con Owen… ¿Por qué llora Owen?

—¿Llorar, yo? ¡Vamos, hombre! Oiga, jefe… Vuelva a decírselo, todo eso del Canadá, del trabajar de firme, de la boda…

—Ajá.

Dora Wilson se quedó quieta, silenciosa. Sonreía.

—¡El médico, Owen!

Ansiosos siguieron los gestos del galeno. Meticulosos, fríamente profesionales.

—Déjenla dormir. Puede ser mejor no molestarla.

—Déjeles aquí, doctor —intervino Muller, entrando—. Puede que la mejor medicina para Dora, sea el estilo tan elocuente de estos dos muchachos.

Dos horas intensas. Volvió el médico, puso una inyección y declaró muy fríamente:

—Es extraño. Ha reaccionado con vigor. Puede que llegue a sobrevivir. Lo dudo, pero se dan milagros…

—¡Se dan! ¡Han de darse! —vociferó Donny Kring.

Y el comisario Muller intervino para liberar las solapas de la blanca bata. Dijo:

—Vivirá.

Dormitaba Owen Minnix, que despertó al oler café. Lo compartían Muller y Donny Kring.

—… estas declaraciones firmadas, muchacho, acabarán de apabullar a Sforza. Pero habrá otros que intentarán matarte. No quieren, por ahora, en Chicago, admitir testimonios valientes. Has prometido llevarla al Canadá, y casarte con ella. Ella revive, porque en su mente le da vigor tu promesa. Su cuerpo tiene ansias de vivir… La matarías si no cumplieras, Donny.

—¿Ves, tú, pelanas? Vamos a ir al Canadá. ¿O te quedas?

—Usted manda, jefe. Además esta novia suya, bien merece que trabaje uno.

El comisario Muller se fué. Owen Minnix bajó la voz:

—He pensado un negociazo jefe. Una destilería. Fíjese la ganga. Fuera frontera, sin meterse en curvas de muerte, fabricamos licor, y lo vendemos…

—Se pensará… si ella no se opone. No es que sea un calzonazos, pero… ¡caray! Si tú encontrarás una chica como ella, pues…

—Eso mismo. Lo que usted. Al Canadá, y si lo quiere ella, a pescar truchas a cazar focas. El caso es que dijo algo muy serio, jefe,

su chica… Eso de que el amor y la amistad… Esta chica suya, tiene miga. Se lo digo yo.

—Vete al piso. Vuelve con el anillo. Si el cartero no lo suelta, te traes al cartero. Con buenos modales.

—Está usted en todo, jefe.

A media tarde, el médico dijo en el comedor, al salir de la habitación:

—El anillo que el mal educado ése le ha puesto en el dedo, ha mejorado mucho a su protegida, comisario Muller. Vivirá.

—Hay medicinas que nada tienen que ver con los médicos.

* * *

Quince días después, el comisario Muller abrazaba a la que en su compartimiento del tren murmuró:

—Le dije que eran mis ahorros, señor. Y me ha escrito que adquirió en opción, un aserradero. Quería una destilería, pero conseguí que abandonara su idea. Será como debe. Un hombre cabal, señor… porque tiene amor y amistad.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN
PIMPINELA

Núm. 361 - Mercedes Muntó.
- A LA DERIVA

Núm. 362 - Trini de Figueroa.
- CADENAS DEL CORAZÓN

Núm. 363 - Lía Ramos.
- ○ LA HERMOSA MENTIRA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN
ROSAURA

Núm. 201 - María Lar.
- MADEMOISELLE MAMA

Núm. 202 - Carlos de Santander.
- SIN CORAZÓN

Núm. 203 - Corín Tellado.
- ○ UNA MUJER AMBICIOSA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN
BISONTE

Núm. 302 - Orland Garr.
- UNA HERENCIA EN EL OESTE

Núm. 303 - Ref Segrram.
- EL PUEBLO FANTASMA

Núm. 304 - Roger Kirby.
- ○ LA MUERTE BUSCA A VIC GORDON

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO

Núm. 166 - Kent Miller.
- SANGRE EN EL DANUBIO

Núm. 167 - Jack Grey.
- BARRERA DE SANGRE

Núm. 168 - Cliff Bradley.
- ○ CAZA MAYOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN
MADREPERLA

Núm. 257 - Trini de Figueroa.
- SAGRADO MANDATO

Núm. 258 - M.ª Dolores D'Arceyl.
- VOLVERÉ A BUSCARTE

Núm. 259 - Amparo Lara.
- ○ SENTENCIA DEL CORAZÓN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN
AMAPOLA

Núm. 87 - M.ª Pilar Carré.
- EL PADRINO DE BODA

Núm. 88 - Luis Masota.
- LA HEREDERA DE LOS DOW

Núm. 89 - María Adela Durango.
- ○ EL GUANTE VERDE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN
DETECTIVE

Núm. 45 - Gen Dugan.
- SIETE SIRENAS

Núm. 46 - Vic Peterson.
- CURVAS DE MUERTE

Núm. 47 - Bruno Shaller.
- ○ PRECINTO 18

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN
ALONDRA

Núm. 40 - María Adela Durango.
- BURLA VENGADA

Núm. 41 - César de Monterrey.
- UN DESCONOCIDO

Núm. 42 - Matilde Redón.
- ○ AMOR SUBLIME

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

▪ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Printed in Spain